

La Ilustración



Artística



AÑO XVIII

BARCELONA 3 DE JULIO DE 1899

Núm. 914

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid*, por R. Balsa de la Vega. — *República Argentina. Buenos Aires que desaparece*, por Justo Solsona. — *María de los Angeles*, por F. Moreno Godino. — *Nuestros grabados.* — *En el fondo del abismo*, novela original de Jorge Ohnet (continuación). — *Las areniscas (gres) Müller y su empleo en la ornamentación.* — *Esculturas ornamentales en madera.* — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.—*Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid.*

El Viático en la aldea, cuadro de Enrique Martínez Ruiz. — *Un buen amigo.* — *El descanso*, cuadros de Andrés Parladé. — *La plegaria*, cuadro de Honorio Romero y Orozco. — *Amor y trabajo*, grupo escultórico de José Montserrat. — *Inocencia.* — *Amapola.* — *De la compra*, cuadros de Pedro Sáenz. — *A muerte*, grupo escultórico de José Campeny. — *República Argentina. Buenos Aires que desaparece*, grupo de siete grabados reproducción de fotografías de la «Sociedad Fotográfica Argentina.» — *Mignon*, escultura de José Kopf. — *Laboriosidad*, acuarela de Nico Jungmann. — *La tertulia del párroco*, cuadro de An-

drés Solá. — *La paz en el Japón. Amaterassu, la diosa del Sol*, cuadro de Pablo Quinsac. — Banco de jardín construido con arenisca (gres) Müller. — Columna de arenisca (gres) Müller esmaltada. — Fragmento de uno de los sillones esculpidos en madera del coro de Cockayne Hatley (Befordshire, Inglaterra). — Fuelle esculpido en madera. — Escultura en madera de estilo japonés. — Peana para reloj, vista de frente y de perfil. — Viñetas que representan una escena de *Macbeth* y otra de *Las alegres comadres de Windsor*, dibujadas por Louthembourg y grabadas por Bartolozzi.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID



EL VIÁTICO EN LA ALDEA,

cuadro de Enrique Martínez Ruiz, premiado con segunda medalla

DE EUROPA

No hace muchos días leía yo en un autor extranjero una teoría que me pareció ingeniosa y nueva. Según este autor, que no es otro que el austriaco Gumplovickz, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz, los fenicios, antiguo pueblo muy comercial é industrial y que ha contribuido eficazmente al desarrollo de la civilización, tuvieron la rara habilidad de desaparecer silenciosamente de la escena del mundo, como desaparece de un salón concurrido una persona bien educada. No se sabe qué ha sido de los fenicios, ni adónde fueron á parar, y sin embargo no consta que ninguna repentina catástrofe acabase con los numerosos individuos de esa estirpe repartidos por Europa, Asia y Africa, ni menos que se extinguiesen como se extinguen ciertas tribus salvajes al presentarse razas superiores y dominadoras — porque dominadora y superior, á su manera, es la de los fenicios ciertamente. — La explicación de Gumplovickz á tan extraño fenómeno, hela aquí: «Su espíritu cosmopolita se sobrepuso á los sentimientos patrióticos y les hizo encontrar dulce patria allí donde había negocios buenos y vida agradable.»

Contrastando con este don de oportunidad que demostraron los fenicios al eclipsarse, hace observar el mismo sociólogo la imprevisión y terquedad absurda que caracteriza á los judíos, empeñados en seguir una mal entendida política de conservación de la nacionalidad en espíritu de vino. Semejantes á los fenicios por el instinto comercial y negociador, no supieron sin embargo imitar su buen ejemplo; no tuvieron el tino de hacer á tiempo mutis. Diecinueve siglos llevan de sostener contra viento y marea su nacionalidad ya malparada y gastada bajo el César Augusto; y este empeño, advierte el sabio profesor, es falta grave contra la ley natural de la historia, falta que duramente expiaron millares de generaciones, castigadas por atizar á perpetuidad, «desafiando estúpidamente las reglas eternas y las corrientes poderosas del proceso natural social, una lucha de razas que hubiese podido aplacarse desde hace largo tiempo.»

* *

¿Cómo no han de impresionarnos estas palabras, en presencia de los trastornos que acarrea el célebre proceso Dreyfus? Aunque olvidásemos la constante perturbación traída á Europa por el antisemitismo, — las escenas violentas y tantas veces sangrientas de Polonia, de Austria, de Alemania, de la Rusia propiamente dicha, — bastaría el caso del supuesto traidor cuya culpabilidad ó inocencia van á depurarse ahora, para demostrarnos que la tesis es firme, que la lucha de razas existe, y que, según ha visto con sagacidad el eminente sociólogo antes citado, no puede impunemente subsistir una nación dentro de otra nación, resistiéndose á toda amalgama. Resulte lo que resulte del examen de la causa de Dreyfus — y aunque aparezcan comprobadas las maquinaciones y falsedades que le llevaron á la degradación infamante y á la aflictiva reclusión en la isla del Diablo, — en su esencia la cuestión no varía, ni es el asunto Dreyfus sino episodio de la lid secular que ensangrentó en la Edad Media las calles de Valencia y Toledo.

No fuese Dreyfus israelita — exclaman los que desde el primer instante abogaron por la inculpabilidad del acusado, — y nunca llegaría á concitarse tan formidable tempestad en contra suya. Se le dió la preferencia y se le eligió entre varios candidatos á la traición — cuya letra se parecía á la del famoso *borderau* poco ó mucho — precisamente por eso, á causa de que pertenecía á la raza deicida, y se contaba de antemano con la complicidad de la antipatía general y el recurso dramático que encierran estas dos palabras: «¡El judío!» Concedo que sea así, y que Dreyfus no cometió la culpa: prueba mayor de que en efecto no han sido hábiles los israelitas, al no incorporarse á las diversas naciones en que viven mezclados. No puede el israelita — Dreyfus lo muestra — ni alistarse en las banderas del país donde nació: no le vale ni la solidaridad militar, nudo de cohesión tan fuerte; para él el espíritu de cuerpo, en vez de escudo, es dogal que ahoga; el uniforme, en lugar de garantía, distintivo que le hace blanco de los disparos de la calumnia. Dígase que esto es injusto, que esto va contra la tolerancia, contra la equidad, hasta contra la caridad; dígase, y será exacto: lo han proclamado reiteradamente millares de voces. Pero el sociólogo se atiene á los hechos: lo que es, debe ser; lo que sucede reconoce causas profundas, y en sociología son razones suficientes hasta las preocupaciones y los errores del sentimiento, mientras no se corrigen, mientras actúan. La cruzada contra

Dreyfus se explica, y al explicarse queda medio justificada. La infeliz víctima de la tenacidad de su raza va á ser juzgada de nuevo definitivamente. ¿Qué espera á Dreyfus?

* *

Por malo que sea lo que le espere, no será su suerte peor que la de la desventurada princesa Luisa de Coburgo, hija del rey Leopoldo de Bélgica y esposa del príncipe Felipe de Coburgo. Calderón, nuestro gran autor dramático, hubiese aconsejado al príncipe Felipe que llamase á un cirujano y mandase sangrar en las cuatro venas á la princesa, receta predilecta de los *médicos de su honra*; pero de fijo, ni en aquellos tiempos en que tan delgado hilaba Melpómene, se le ocurriría al marido más severo la venganza cruel de recluir á su consorte en una casa de locos. Esto ha hecho, según se asegura, el dueño y señor de la mísera princesa. En Dresde, entre las cuatro paredes de la celda del manicomio (recurso ya empleado por Sardou en su drama *Andrea*, sólo que aplicándolo al esposo infiel), llorará á estas horas la hija del rey de los belgas su desdicha. Y uno de los periódicos franceses en que leo la noticia exclama: «Buena ocasión para los enemigos de la arbitrariedad. Mil veces se nos ha dicho que todas las cortes extranjeras saben que es inocente Dreyfus. Es indiscutible que aún saben mejor que la señora de Coburgo no está loca..., pero verán ustedes como no dicen esta boca es mía.»

* *

El ruido del proceso Dreyfus, que en efecto parece una pesadilla, ha apagado el de dos acontecimientos que recuerdan verdaderas glorias de Francia, hijos ilustres á quienes la nación no debe olvidar: la muerte de Rosa Bonheur y el regreso de Marchand, el heroico expedicionario de Fachoda, el explorador del alto Nilo.

Rosa Bonheur, la pintora, que acaba de morir en su casa de campo de By, entre sus flores, sus árboles centenarios, sus pájaros y sus perros favoritos, merece contarse en el número de los artistas más grandes, más sinceros, más observadores de la naturaleza que ha producido nuestro siglo. La comparo á Velázquez por la sencillez, la sinceridad, la franqueza magistral de su pintura. Es el Velázquez de los irracionales. Como Velázquez, pintaba Rosa Bonheur sin artificio; apenas componía, y no tenía simbolismos, ni intenciones alambicadas, ni triquiñuelas de ningún género: trabajaba con el ojo y la mano, más que con el cerebro: la pincelada ancha y segura, la intensidad de la ejecución, caracterizaban á la ilustre *animalista*. Su pintura parece á veces comentario de las Geórgicas. Mirad el surco abierto por el arado, y creyerais que sube de él ese vaho especial desprendido de la tierra roja, mezclado al hálito fatigoso de la yunta y al calor del sol sobre los destripados terrones. Para los que vivimos mucho tiempo en el campo y conocemos la luz y el tono de los horizontes rústicos, encierran un encanto inexplicable los cuadros de Rosa Bonheur. Los animales que pintaba eran la misma verdad. Jamás olvido las magníficas cabezas de perros expuestas en Madrid hace pocos años, obra de Rosa Bonheur. Aquellos chuchos tenían toda la nobleza afectuosa, la dulzura del mirar, la expresión en fin de perros vivos. Sólo puedo compararlos al hermoso mastín del cuadro de *Las Meninas*.

Rosa Bonheur adoraba en sus modelos. Fué vocación suya, decidida, desde la niñez, estudiar las actitudes y costumbres de los animales. Ya mocita, para poder frecuentar las ferias y los mataderos sin riesgo del pudor ni injuria del decoro, cortóse el pelo y se vistió de labrieguillo; los pantalones de pana y la blusa con que siempre trabajó después, el traje que llevaba puesto cuando la emperatriz Eugenia adornó su pecho con la Legión de Honor; el que vestía á la edad de setenta y siete años á que acaba de suceder su muerte. Solterona y de corazón amante, prodigó ternura á sus bichos domésticos, entre los cuales se contaron un león y una leona que crió, que tenía sueltos, y que, siguiéndola como falderos, lamían sus manos. En los hatos de pastores se pasó temporadas Rosa Bonheur, estudiando las graciosas posturas del corderillo recién nacido, la salvaje elegancia de las chivas, — la forma animal, en suma. — Nadie superará á Rosa Bonheur en su género; y ese género, como no era sino la naturaleza misma, ni pasará de moda ni tiene nada que temer del vaivén de los gustos estéticos y las escuelas y sistemas: posee la eterna juventud bucólica, la vida profunda de la creación, que se renueva con cada primavera y se transmite como antorcha encendida al través de las generaciones.

También de Marchand debe Francia con justo título enorgullecerse. Con su grupo de valientes y decididos compañeros, salvando pantanos y arrojando fiebres, picado de mosquitos y amenazado de caníbales, le sostenía la ilusión ardorosa del patriotismo, el deseo de agregar una parcela de territorio á sus dominios, de aumentar su influencia y dignidad en el mundo. Su gran dolor no fué la salud perdida, ni los duros trabajos, ni la vida en riesgo inminente: fué el telegrama que le ordenaba evacuar á Fachoda, arriar la bandera tricolor, y volverse dejando tal vez para siempre aquella región del continente negro... No representaba allí Marchand únicamente los intereses de Francia: quizás los de toda Europa, excepto Inglaterra, cuyas absorbentes tendencias se han revelado una vez más al poner la mano sobre Egipto, apoderándose de la cuenca del Nilo, desde las remotas fuentes donde nace el río sacro, hasta sus bocas de desagüe. Sobrado motivo de alarma para las demás potencias la fuerza que adquiere la Gran Bretaña por medio de la posesión ya no disputada de Egipto. Una vez más la gloriosa sombra de la estrella napoleónica, la huella del coloso, va á ser borrada por Albión, cuyo oficio y cargo en la vida internacional parece ser aniquilar hasta el recuerdo de la obra de Bonaparte, el *franco*, que dejó memoria imborrable en Egipto, y limitar y restringir las aspiraciones de la moderna Francia, su expansión testificada por la empresa memorable del canal de Suez. Prudente Francia, escarmentada y dolorida aún, retrocede ante la rapacidad de la gente inglesa, que con la algarada de Arabi-Bey abrió camino á establecer su preponderancia y afianzarla un día tras otro, desde hace lustros. Hay quien cree que el envío de la ilustre expedición Marchand fué una falta política; que convenía asociarse á las demás naciones. Francia sola no puede correr la aventura; más cauta que nosotros, al encontrar al leopardo ha dado la vuelta.

Al cerrar la crónica leo la formación del nuevo ministerio destinado á liquidar el asunto Dreyfus. Ponga Dios tiento en manos de los jueces, y en el fiel la balanza, y deshágase de una vez esta maraña embrollada y odiosa.

EMILIA PARDO BAZÁN

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1899

He hablado de Gonzalo Bilbao á propósito de un hermoso trozo de marina que alcanzó el honor de ser premiado con medalla de primera clase. Tócame ahora decir algo de su cuadro *La madrecita*. Representa á dos niñas, la mayor de las cuales tiene en brazos á una hermanita en mantillas. A los pies de este grupo hay un perro tumbado en el suelo.

Escena delicadísima es esta. Muy bien sentida la expresión de la niña que con tierna solicitud hace las veces de madre para con la chiquitina. Admirable el perro, tanto, que podría firmarlo cualquiera de los buenos maestros españoles del siglo XVII. La factura es franca hasta donde puede serlo la que más. El color admirable.

Si á Legua, autor del cuadro *Prófugo*, del que he hecho mención en mi anterior artículo, el Jurado se limitó á concederle un premio de tercera clase (premio que renunció el artista), en cambio á Guillén no le ha considerado digno de recompensa por el lienzo *Solos*. Y en verdad que miro como injusto tal desdén, pues dicho cuadro tiene más que sobradas condiciones para haber obtenido un premio. Bien compuesto, sentido, pintado con maestría, el lienzo que expone el distinguido pintor alicantino es de los escasos que en este certamen hablan al alma. Una joven madre que sentada en el suelo con la cabeza y las manos apoyadas en el borde de una cama mortuoria de donde acaban de llevar el féretro de su hijo; el marido en un rincón, que sentado en una silla contempla la dolorida figura de su esposa; sobre la camita fúnebre vestida de blancas telas unas rosas deshojadas..., he aquí la escena.

Sáenz presenta varias obras: de entre ellas *Aseo é Inocencia*, dos figuras de niñas, casi mujercitas ya, una que acaba de bañarse y otra que está tendida en lujosa tela, son, en mi juicio, juntamente con un retrato de señora y una media figura de joven titulada *Mariposa*, lo mejor de cuanto exhibe este artista.

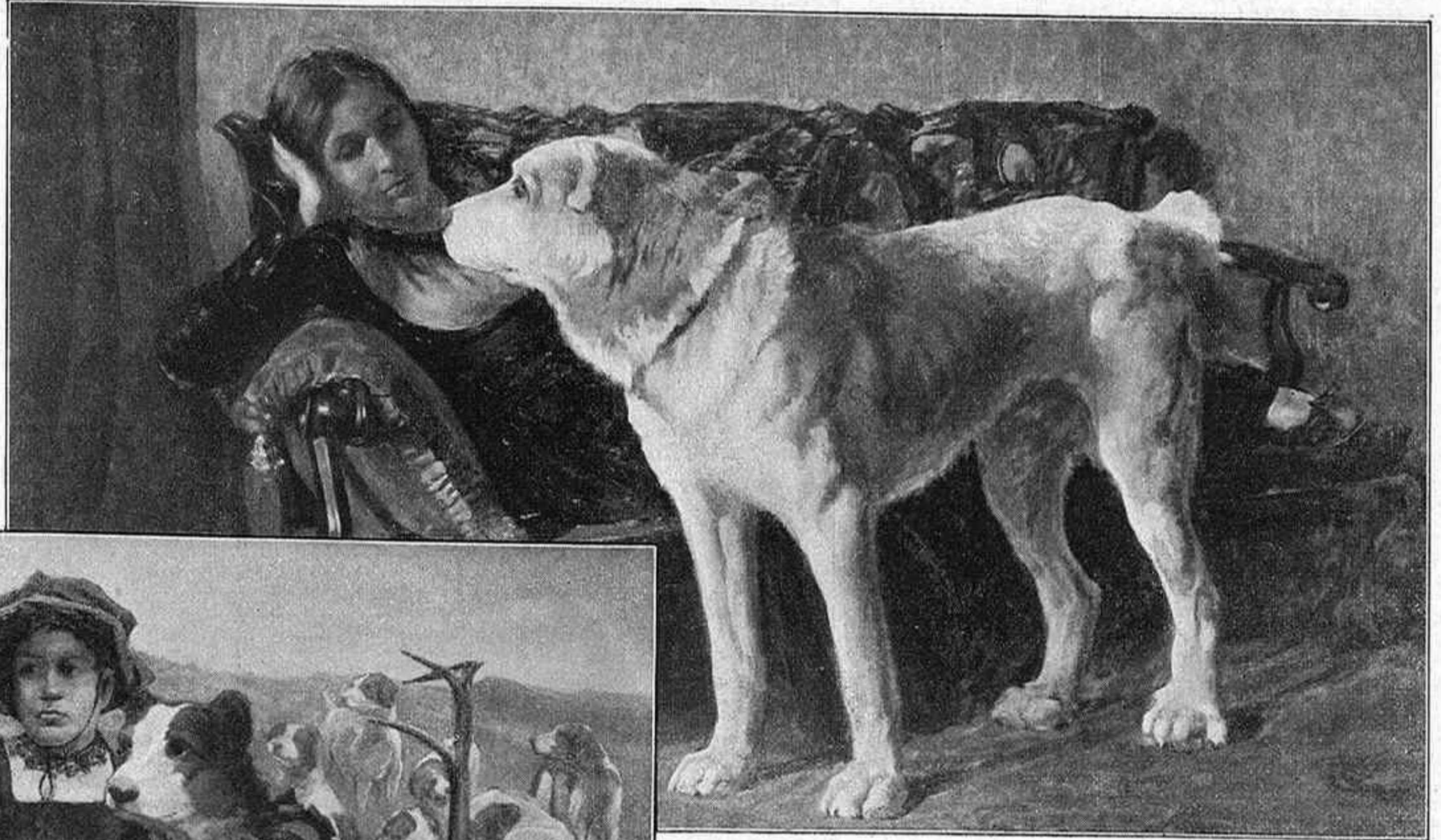
Puede pedírsele á Sáenz que sea algo más robusto y firme, así en la línea como en la factura; pero es innegable que ha sabido vencer las terribles dificultades que ofrece la pintura de las carnes de cuerpos tan finos y delicados como los de la mujer cuando está alcanzando la pubertad. *Aseo é Inocencia* son desnudos.

De Martínez Ruiz, hijo y discípulo del ilustre Martínez Cubells, es el cuadro *El viático en la aldea*, sinceramente sentido, de ejecución espontánea y muy bien compuesto, que con justicia ha sido premiado con segunda medalla.

Mencionaré también los dos lienzos de Parladé que hacen honor al pincel del conocido artista, y el de Romero Orozco, *La plegaria*, cuyas reproducciones acompañan el presente artículo.

**

Y aquí termino estas rápidas impresiones en lo tocante a la sección de pintura. Perdónenme aquellos artistas a quienes haya omitido. En unos veo promesas, en otros equivocaciones, ¿quién estará libre de ellas?, en los más impersonalidad absoluta. Moreno Carbonero, el maestro por excelencia pintando el sol, y lo he dicho, y si no lo digo ahora, está en su cuadro *La batalla del vizcaíno* por bajo de su otra famosa obra *Una aventura de Gil Blas*. ¿Como ejecutante? Cual siempre, maravilloso. ¿Como distinguido en la línea? Dejaría de ser Moreno Carbonero. ¿Como colorista? Muy bien, aun cuando bas-



UN BUEN AMIGO, cuadro de Andrés Parladé



EL DESCANSO, cuadro de Andrés Parladé

tante más frío que en otros cuadros suyos. ¿Sintiendo el asunto? Ahí *fica ó conto*. Vamos con los dibujos.

Más de ciento y pico de dibujos, si no estoy equivocado en la cuenta, exhibe el insigne maestro D. José Jiménez Aranda representando escenas de una parte del *Quijote*.

Hace ya algunos meses me ocupé en esta obra titánica que solamente un tan prodigioso dibujante como el eminente artista sevillano es capaz de realizar.

Comienza la serie de dibujos (al blanco y negro) en aquel punto mismo en que comenzó su libro inmortal el príncipe de los ingenios españoles: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un hidalgo, etc.» Y el primer dibujo es el *hidalgo*, y el segundo una alegoría de lo de «salpicón las más noches, duelos y quebrantos, etc.» Páginas hay que las ilustra Jiménez Aranda con media docena de dibujos, los cuales son otros tantos cuadros.

Cuando el artista dé por terminado su empeño, es probable que pasen de ochocientas las ilustraciones, si antes no desfallecen las fuerzas del veterano maestro, como en carta a mí dirigida hace tiempo me daba á entender, en vista de las dificultades insuperables que encontraba para editar tan monumental obra.

Acertar con la figura plástica ó gráfica de *Don Quijote* parece empeño tan difícil como acertar con la de Jesús. Recuerdo que hallándome en Berlín el año de 1896 se celebró un certamen particular entre los más ilustres pintores de la capital de Alemania, con el objeto de representar á Cristo. Veinte fueron los artistas que acudieron al concurso, y los veinte concibieron la imagen del Redentor de modo totalmente distinto. Uno tan solo, Skarbina, acercóse en mi sentir al ideal que á través de las evoluciones de las ideas y de los tiempos se han forjado, especialmente las sectas cismáticas de la Reforma, del mártir del Gólgota. Mas ¿era aquella figura la que imagina el católico?

La misma pregunta, porque la misma duda se me ocurre, hago ahora mirando la representación figurada que de *Don Quijote* trazó el firme y seguro lápiz de Jiménez Aranda. Por mi parte declaro que, aun dentro del *tipo* que mi ilustre y admirado amigo acaba de crear, encuentro variantes, fenómeno que me pro-

duce confusión lamentable (para mí, claro está), no dejándome ver de un modo claro el *tipo* que soñó el maestro. Mas aparte de esta observación puramente personal mía, cuanto pueda decirse de la variedad en las escenas, de la admirable disposición de éstas, de lo típico de los tipos, de la verdad histórica, en

fin, de cuanto constituye, no tan sólo lo real y material de lo descrito por Cervantes en aquel libro singular, sino su espíritu, hállase admirablemente comprendido y estudiado en esa colección de dibujos, donde no se sabe qué admirar más, si al maestro de la técnica, ó al cerebro que tantos y tan diversos cuadros compone.

**

Bien merece el trabajo de Jiménez Aranda espacio mayor que del que dispongo en este momento, pero quiero decir algo de una sección muy importante, este año pobrísima en obras de algún mérito. Me refiero á la de *Arte decorativo*.

En primer término figuran diferentes vidrieras pintadas, imitaciones algunas de ellas de varias de los siglos xv y xvi. Descuellan *Una vidriera esmaltada al fuego*, reproducción de un fragmento de otra perteneciente á la catedral de León (siglo xvi). Otra, también *esmaltada al fuego*, dividida en dos secciones, que reproduce la decorativa en este género del gusto alemán del siglo xv, así como otra también renacimiento alemán. Estas vidrieras que presenta D. Antonio Rigalt y Blanch, de Barcelona, son dignas de encomio por la pureza del trazo y lo vigoroso y armónico de la entonación general.

No menos dignos de mención son algunos de los trabajos del mismo género que exhibe Mr. Maumejean, de Pau, especialmente una vidriera representando á Santo Tomás, estilo del siglo xv, y dos panelas con mosaicos y medallones.

Entre los esmaltes é imitaciones de Limoges pueden apuntarse algunos de mano del Sr. Travado, de Huelva, que reside en Londres. Más que por la pureza de la imitación en lo que corresponde á la decorativa, por la limpieza de los

contornos. Respecto del colorido, aun cuando no me es muy fácil poder emitir mi juicio con toda seguridad por hacer bastante tiempo que no veo ejemplares de la cerámica de Limoges, sin embargo, si no me falta por completo la memoria, me parece bastante distanciado el notable ceramista en que me ocupo de la paleta de los artistas de aquel célebre centro de producción, sobre todo de los anteriores al siglo xviii. Peca el Sr. Travado de frío en las coloraciones.

Los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona, merecen un aplauso, especialmente por un jarrón de bronce fundido con trípode de hierro forjado, objeto de muy buen gusto y cuyo proyecto se debe al Sr. Masriera (D. Víctor), así como por dos verjas, proyectadas ambas por el mismo señor. Titúlense estas verjas *Primavera* y *Estío*, y efectivamente los elementos decorativos que las

componen están escogidos en la flora de esas dos estaciones del año. El proyectista ha sabido acomodar con muy buen gusto á las ordinarias proporciones de una verja los elementos dichos, y los contornos de los enlaces de las hojas y tallos de las plantas forman un conjunto, aun cuando algo complicado, muy



LA PLEGARIA, cuadro de Honorio Romero y Orozco



elegante. Estas verjas son de hierro forjado y pulido y bronce fundido y cincelado. De las estatuillas, también fundidas en molde á cera perdida, las que más me gustan son la titulada *Minuet* y la de un toro.

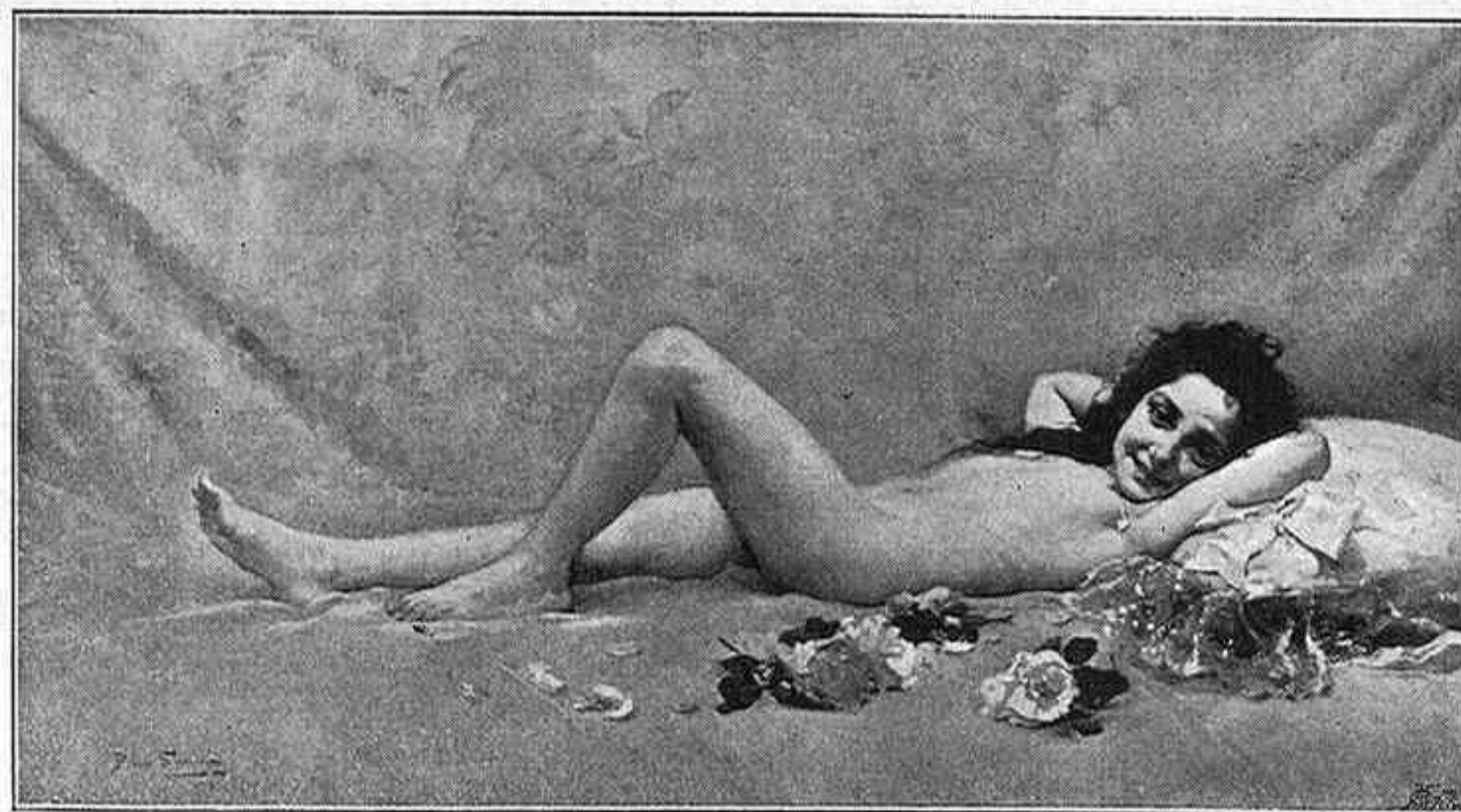
Hierros relevados hay dos muestras muy bellas, una *falleba* y un picaporte, obra del Sr. Asins, de Madrid, y una aplicación estilo del renacimiento español, de hierro relevado, del señor Málaga.

Entre las pinturas decorativas figuran los estudios que de este género pictórico hizo el maestro Domínguez para la gran escalera del ministerio de Fomento y que ya conocen los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; dieciséis *panneaux* representando paisajes, calles y asuntos de costumbres del notable marinista Sr. de la Torre, fríos todos ellos de entonación y por lo tanto de una monotonía grande, cosa que quita bastante mérito á las composiciones; varios estudios del natural de flora y fauna, hechos por discípulos de la cátedra de Arte decorativo de Barcelona, muy dignos de aprecio por cierto, pues se advierte en la mayor parte de dichos estudios trazo firme y buen sentido artístico para adaptar el natural á las formas especiales de los objetos que produce la industria.

Respecto á proyectistas de decoraciones para libros, periódicos, carteles, etc., nada de particular puede mencionarse; lo mismo digo de los policromistas de imágenes. Sálvase (en mi entender) de esta apreciación mía el Sr. Pasco, quien exhibe unos *álbums* con hojas de vitela con pinturas sobre dorado de muy buen gusto y de mucho carácter y como proyectista de las cubiertas de dichos álbums.

De obras de carpintería, ebanistería y aplicaciones de talla, nada, nada, absolutamente nada. Aparte de la mano de obra, por lo que afecta á la traza y al gusto de la mayor parte de los pocos muebles que se han expuesto, no puede ser más deplorable la falta de sentido artístico de los que los han trazado. He visto un sillón que tenía por remate nada menos que dos plúteos, sobre los que se alzaba un frontón triangular ó tímpano. Esto de aplicar á un mueble tan portátil como una silla elementos de arquitectura del género de los citados, me parece el colmo del atrevimiento por no decir otra cosa.

Queremos regenerarnos (¡dichoso verbo!) y tenemos que començar por adquirir un poco de sentido común; porque aun careciendo, como carecemos, de educación del gusto en todas las manifestaciones en que éste puede y debe



INOCENCIA, cuadro de Pedro Sáenz, premiado con segunda medalla

exhibirse, aquel sentido, por lo visto tan raro, nos obliga á ir tras de la lógica y ésta á su vez nos hace ver que para tomar, por ejemplo, una taza de caldo, no podemos utilizar una palangana ó una tinaja.

Por lo menos yo así lo creo.

Debo subsanar un olvido involuntario. El escultor Sr. Monserrat ha sido laureado con una medalla de primera clase, y justamente, por su sentido y realísimo grupo *Amor y trabajo*.

También ha obtenido una segunda medalla el distinguido escultor Sr. Campeny por su grupo *A muerte*.

Ambas esculturas están reproducidas en esta página.

Que sea enhorabuena.



AMOR Y TRABAJO, grupo escultórico de José Monserrat, premiado con primera medalla

cincuenta metros; empieza en la calle de Lima y termina en la Plaza Montserrat. El porqué del nombre se pierde en la noche de los tiempos. Varias son las tradiciones que quieren explicarlo, pero todas ellas dudosas.

De ellas la que mayor crédito nos merece es la que explica que en tiempo de los virreyes últimos fué en la plaza Montserrat en donde se construyó la primera de toros, y como la misma servía de mercado de frutos, por la gran actividad que allí reinaba de traperos, comerciantes y toreros, la calle que nos ocupa fué un verdadero albañal de las miserias y desperdicios humanos, de escándalos y de licencias, por lo que se le dió el nombre de calle del Pecado, que recientemente la Municipalidad tuvo la humorada de cambiar por el de calle de Aroma.



A MUERTE, grupo escultórico de José Campeny, premiado con segunda medalla

La histórica *Recoba de la plaza Montserrat* hace próximamente dos años ha desaparecido totalmente, cediendo su lugar á hermosa casa de construcción moderna.

Bastante después de la caída del tirano D. Juan Manuel de Rosas, la plaza Montserrat era sitio de mucho movimiento y gran actividad comercial, porque paraban en su recinto las colosales, vetustas y pesadas carretas arrastradas por

REPÚBLICA ARGENTINA

Buenos Aires que desaparece

A las ciudades les sucede lo que á los individuos: nacen, crecen y se transforman.

Lo que un día se consideró imprescindible, á poco es desechado por inútil; y las construcciones y defensas tenidas por inexpugnables, pronto son consideradas como frágiles y deficientes desde el punto de vista de la estrategia.

La *Aduana vieja*, en los últimos tiempos, todavía tenía ciertas pretensiones de fortaleza, á pesar de que los fortines y troneras que la rodeaban, hacía más de cuarenta años que fueron derribados para dejar paso al ferrocarril á la Ensenada, precursor de la transformación actual. Más tarde, cediendo lugar á la construcción de la grandiosa Casa de Gobierno, llamada vulgarmente *rosada* por el color especial de que está pintada, quedó reducida á los depósitos.

Hoy ha desaparecido del todo, porque el resto de su mole vetusta servía de estorbo á la especulación industrial; la que tomando gran extensión de terreno al río, ha construído el soberbio puerto interior llamado Madero, con grandes y extensos diques que como muralla comercial se extienden de Norte á Sur por todo el frente de la gran capital argentina.

La *Aduana vieja* ha desaparecido á la vista del espectador, pero no ha sido derribada del todo. Gran parte, como dos pisos, está enterrada bajo el terraplenamiento, y sus fuertes y anchos muros, cuya antigüedad se hace ascender á principios del siglo xvii, todavía podrán dar quebraderos de cabeza á sabios arqueólogos de siglos venideros, si por una causa ú otra quedan al descubierto.

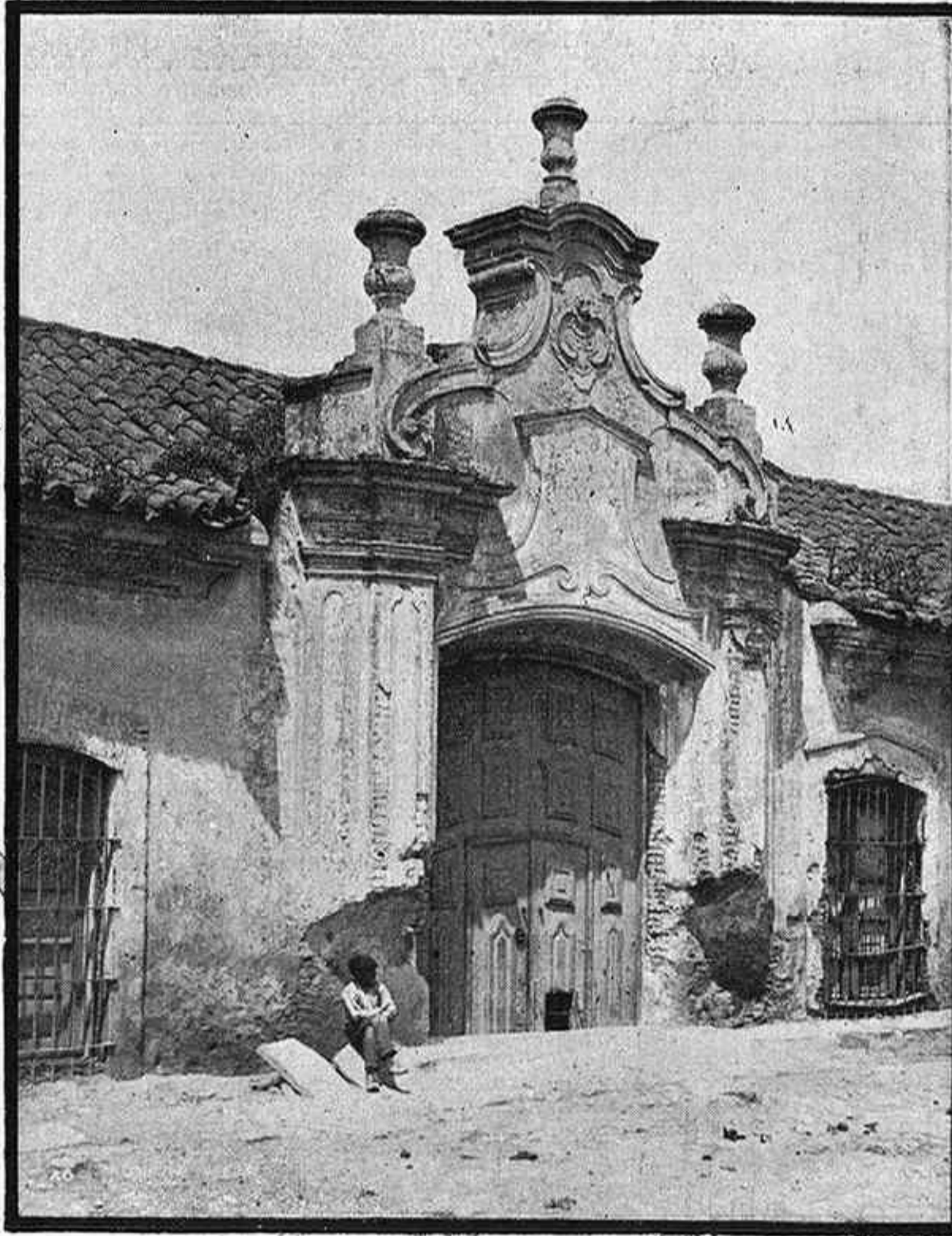
Hoy por encima de la *Aduana vieja* va el Paseo de Colón á unirse con el de Julio.

En belleza y ornato mucho ha ganado esta parte de Buenos Aires; pero en cambio ha desaparecido la nota de color, lo pintoresco, lo típico de otras edades, lo secular, lo que recuerda épocas de lucha, lo que es, ó tendría que ser, historia de piedra.

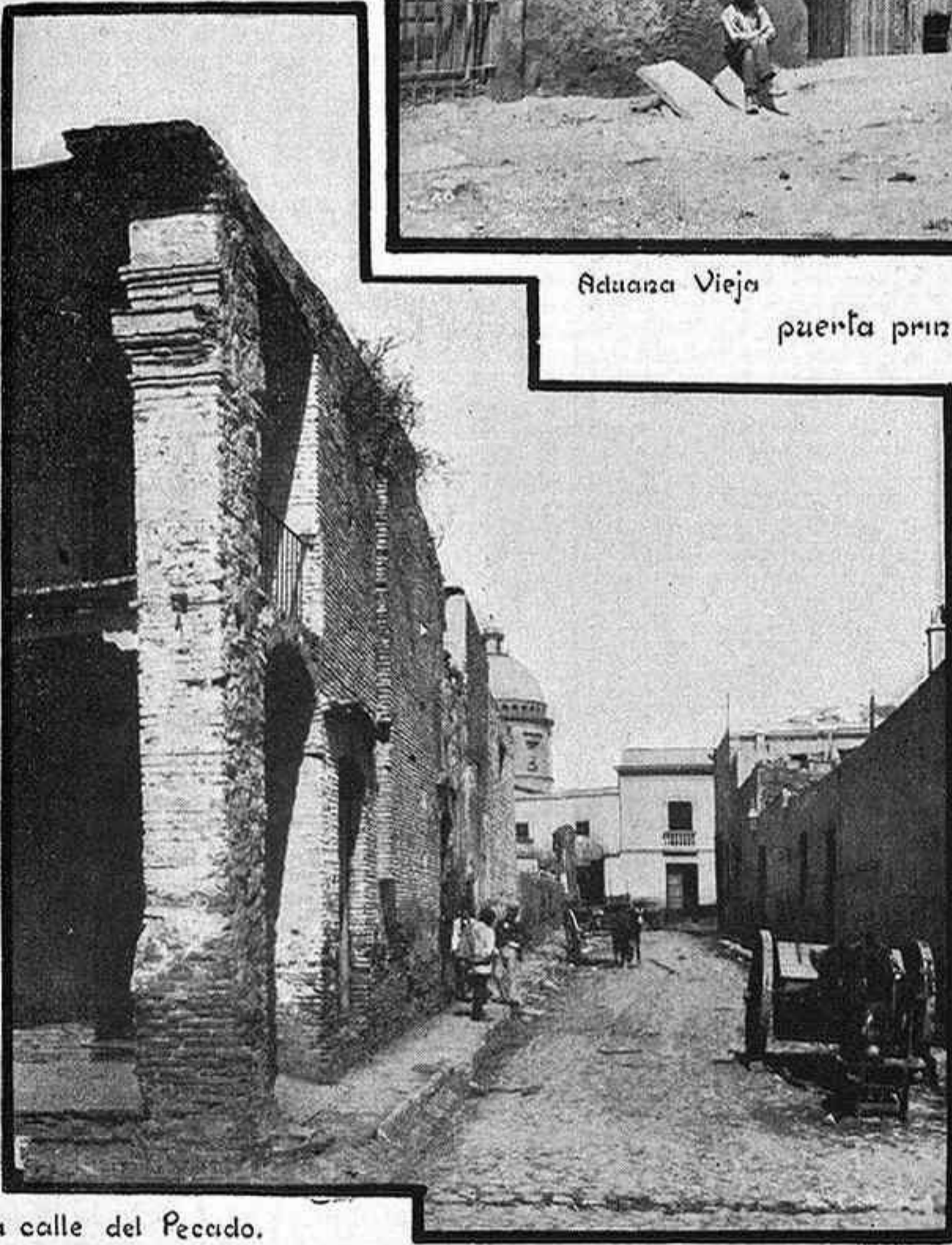
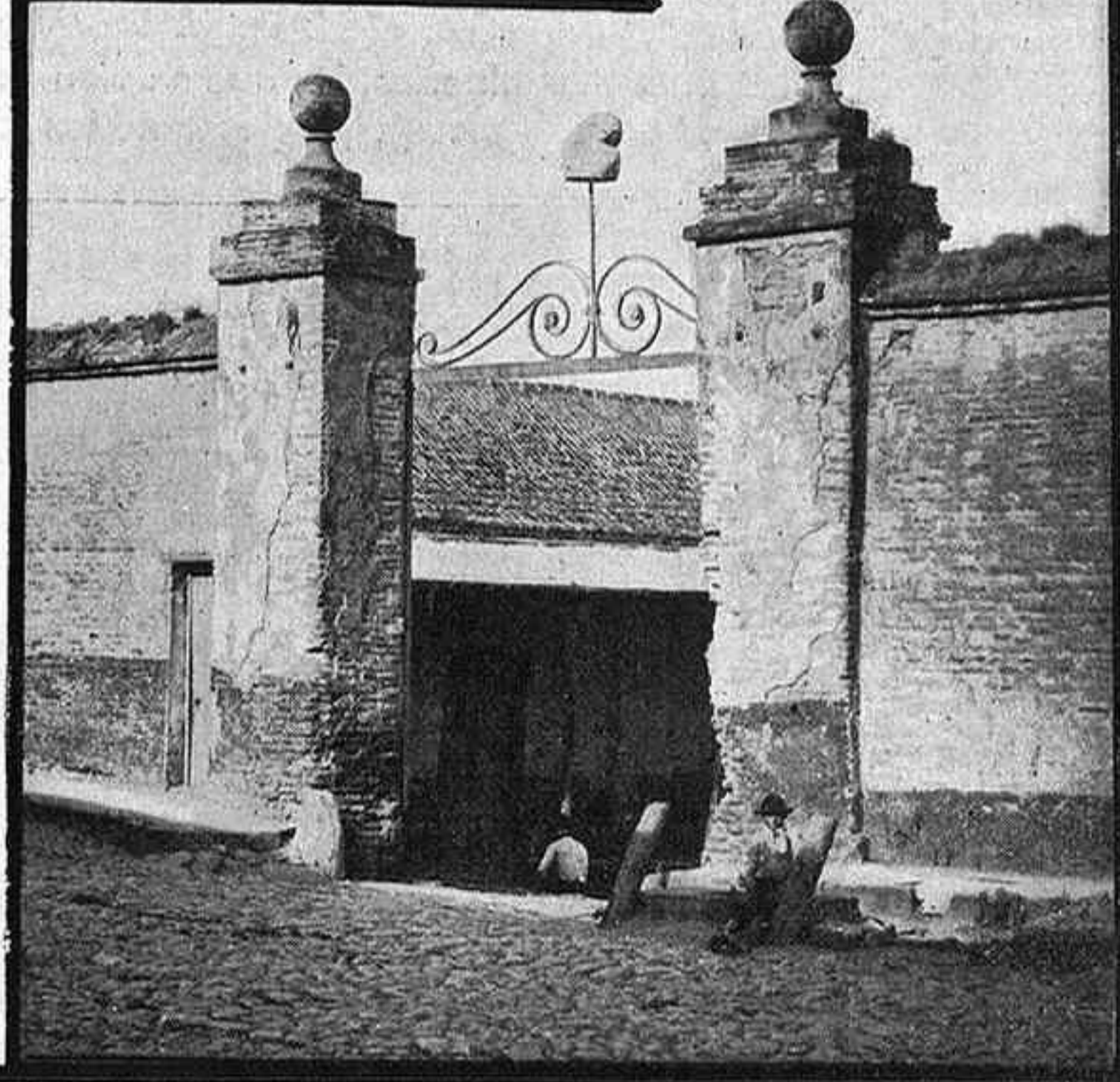
La *calle del Pecado* es un callejón de

BUENOS AIRES QUE DESAPARECE

Fotografías
de la
"Sociedad
Fotográfica
Argentina de
Afiicionados."



Aduana Vieja
Portón de arzo de los patios.



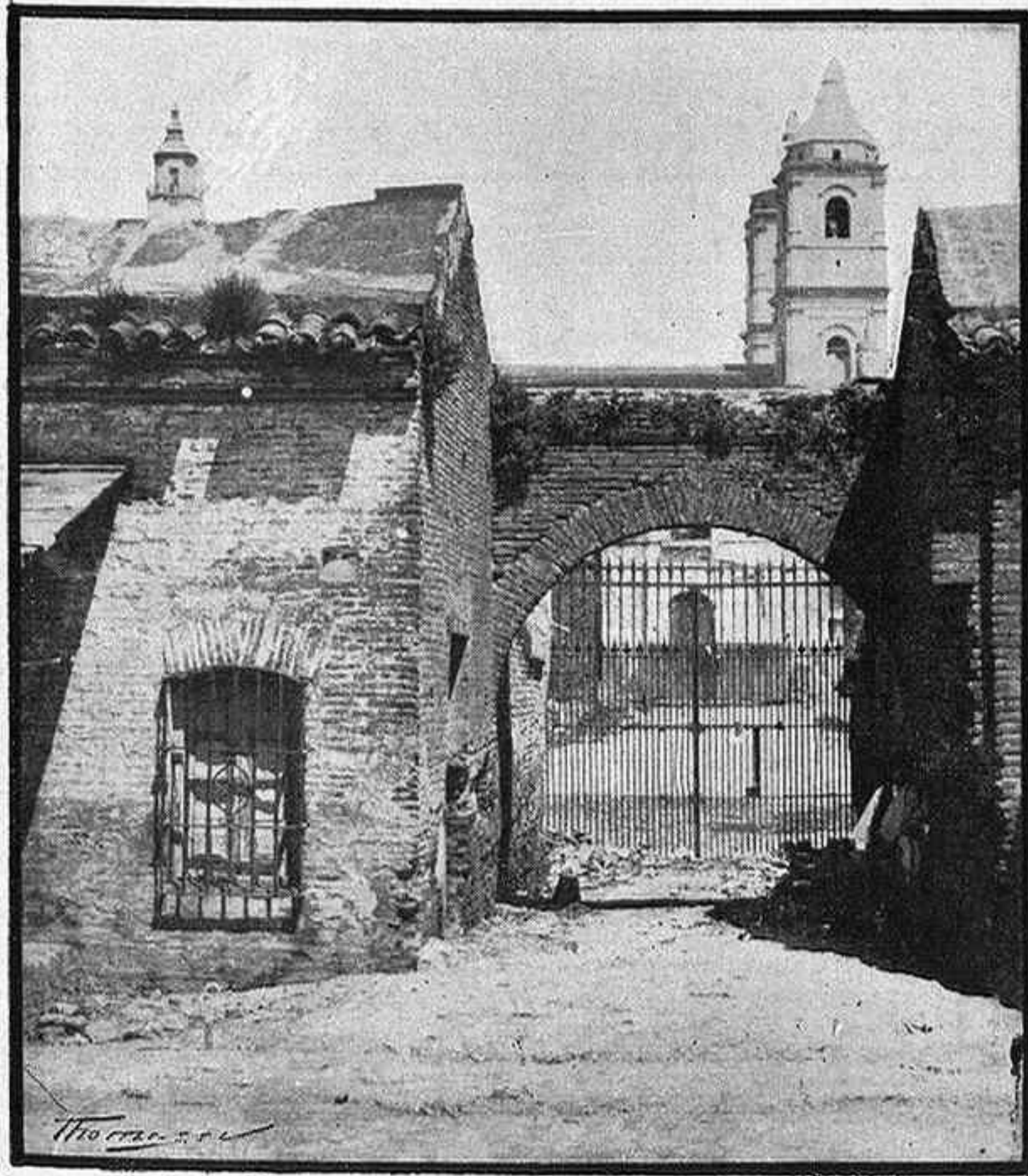
Aduana Vieja
puerta principal.



Aduana Vieja.



Vista general de la Aduana Vieja por la parte del rio.



Aduana Vieja - Portón del patio principal.



Recoba de la Plaza Monserrat.

DE FOTOGRAFÍAS DE LA «SOCIEDAD FOTOGRAFICA ARGENTINA,» REMITIDAS POR D. JUSTO SOLSONA

IDENTIFICADO, LIT
MAD
BIBLIO
AL

unas cuantas parejas de bueyes, que de lejanos pagos de la inmensa pampa argentina venían á la noble ciudad á traer los productos de tierra adentro, especialmente cueros y lanas, regresando á sus lares cargadas con todo lo más heterogéneo importado de la vieja Europa.

Bajo la Recoba estaban las grandes pulperías, las que servían casi del todo los pedidos de fuera traídos por los boyeros que, á pesar de los múltiples cargos y de lo muy variado de las clases de la mercadería, se acordaban de todo.

Hoy la plaza Montserrat es un sitio muy ameno; un bellissimo jardín situado en la parte más densa de la ciudad, lugar completamente rejuvenecido, del cual ha desaparecido todo lo antiguo.

Las fotografías que publicamos son debidas á la galantería de «La Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» cuyos trabajos son superiores y que con justicia deben ensalzarse; sociedad que merece los mayores plácemes, pues en sus numerosos *álbums* guarda, como piadosa memoria, todo lo antiguo, pintoresco é histórico de edificios que las provincias argentinas guardan ó guardaban ha pocos años.

JUSTO SOLSONA

MARIA DE LOS ANGELES

I

Un día el insigne pintor Raimundo Madrazo y yo, á través de la cortina-persiana del balcón del cuarto que yo ocupaba en París en un hotelito de la calle de los Mártires, vimos á María de los Angeles asomada á una ventana que estaba enfrente de mi balcón, y que, como éste, daba á un patio muy estrecho.

María de los Angeles tenía dieciocho años de edad, y era andaluza.

El cielo estaba muy nublado, había penumbra hasta en el alféizar de la ventana y la cabeza de la joven se destacaba de entre aquel limbo obscuro. Aquella casi niña tenía la belleza de la expresión, no de la línea, y en aquel momento hallábase *en reverie*, como dicen los franceses; en esa cosa vaga é inexplicable en la que los átomos del pensamiento se unen sin confundirse, bien así como los átomos de luz en un rayo de sol.

Se apoyaba con una mano en el extremo de su mejilla, en la actitud del que persigue una aspiración no formulada; sus ojos estaban fijos, y su boca, de labios gruesos, se entreabría como la del que aspira un ambiente lejano.

Raimundo Madrazo y yo nos retiramos al interior de mi cuarto, y estábamos hablando, cuando de repente exclamó aquél, señalando hacia la ventana de María de los Angeles:

— ¡Llora!

Nos aproximamos á la persiana, miramos; la joven no lloraba, sus ojos continuaban secos y fijos.

Nos retiramos por segunda vez del balcón, volvimos á mirar á la niña, y ¡cosa incomprensible!, sus ojos estaban llenos de lágrimas; era quizá que *lloraba por dentro*, y la reverberación de aquella pena se asomaba á sus pupilas, transmitiéndose á las nuestras por medio de un extraño espejismo del rayo visual.

¿Por qué María de los Angeles estaba *en reverie*, por qué *lloraba interiormente*? Ella tal vez no lo sabía, pero yo creo haberlo adivinado.

María de los Angeles había nacido en ese *cacho de cielo* que comienza en Sevilla y acaba en el mar; en la isla de León, bajo aquel cielo transparente que deja entrever la eternidad; entre el mar del Puerto de Santa María, ondulado y risueño, y el mar de la Caleta, sombrío y borrascoso; en esa isla ardiente y luminosa, en la que hay palmas y naranjales y pitas, y que se parecería á un oasis del Cairo si no estuviese tan próxima al Océano.

María de los Angeles desde niña estaba acostumbrada á la luz intensa, á los grandes horizontes, á las noches estrelladas, veladas sólo muy pocas veces por nubecillas rápidas como ninfas pasajeras; y casi de repente, desde aquel deslumbramiento había pasado á las calles rectilíneas de París, bajo un cielo plano y obscuro que pesaba sobre ella.

Además, María de los Angeles recordaba una excursión que hizo en compañía de su padre y de su primo.

II

Pasó por Cádiz, la ciudad primorosa que se eleva sobre muelles ciclópeos, como una mariposa que gusta de revolotar sobre las aguas; transpuso Jerez, donde el viejo Sileno hubiera muerto de alegría; atravesó Sevilla, en la que se desborda á torrentes la savia andaluza, y llegó á Mairena de los Alcores...

¡Gran Dios! ¡Cómo entró en la feria María de los Angeles; en aquella feria, hoy reducida, pero siempre clásica, de la gracia y de la *majeza*! Entró á ancas del caballo de su primo; él, envuelto en su manta montoreña guarnecida de madroños afelpados, *abrigando* al tordillo con los botines bordados por las hadas de Coín; ella, con su pañuelo azul como los acianos de la isla, con su falda color de tórtola con flores blancas, como un vallado lleno de margaritas; enseñando los pies, sobre cuyo empuje se cruzaban las cintas de los zapatitos, y llevando en la cabeza una rosa, no tan grande, pero más fina que las de Korasán.

Después regresó á su isla por el río de Sevilla en un falucho rápido como una gaviota, aspirando los azahares de San Telmo, oyendo las *soledades* de Coria del Río, que parecen entonarse en un minarete oriental; refrescando su frente con las maretas blandas de las salinas y las crespas brisas de Sanlúcar.

¿Cómo olvidar todo aquello?

Por eso María de los Angeles vivía en París como un cuerpo sin alma, andando indiferente y distraída por aquellos espléndidos *boulevares* por donde han pasado los sultanes, los emperadores y los reyes; por eso entre aquel montón de tonterías y prodigios, recordaba... y *lloraba por dentro*.

— ¡Está preciosa en esa actitud!, exclamó Madrazo.

Y tomando un pliego grande de los que yo tenía para transformarlos en cuartillas, sacó un lápiz de su cartera, y trazó á grandes rasgos el semblante y busto de la niña andaluza.

— ¿Va usted á hacer algo?, le pregunté.

— Puede que sí, me contestó, guardándose el apunte pictórico.

III

Manuel Lozano, el padre de María de los Angeles, era buen hombre y exaltado liberal; tan exaltado, que por la libertad abandonó su escuela de niños de la isla de León, y á su familia para, en Sevilla primero y después en Madrid, batirse contra la tiranía, y tuvo que refugiarse en Francia, formando parte de ese montón de patriotas que se llamó *la emigración de Prim*. En París vivió de milagro, hasta que el conde Susini, un cubano que tenía empresa tabacalera, le dió colocación en su casa. Los dos primeros meses

Lozano ganó ciento cincuenta francos mensuales de sueldo, al tercero le asignaron otros cincuenta francos más. Creyendo entonces que podría salir adelante, hizo traer á París á sus hijos María de los Angeles y Leandrillo; pero no contó con la suerte, que á veces abandona hasta á los más consecuentes liberales. Pocos días después de la llegada de su familia, el conde Susini, que aunque viejo era *sportman*, murió á consecuencia de una caída de caballo, deshízose la casa tabacalera, y el pobre Manuel Lozano vióse reducido á una situación más precaria que anteriormente, puesto que tenía que mantener á sus dos hijos.

La suerte es caprichosa: cuando más ahogado hallábase aquél, presentóse en su casa un personaje del barrio de Breda, un rico comerciante de géneros coloniales llamado Mr. Senardier, que le dijo: «Mire usted, amigo, yo he conocido á su hija de usted María, porque algunas veces va á comprar á mi tienda. Soy viudo, no he tenido hijos, ni más parientes que una hermana tan bien establecida como yo. La *petite andalouse*, como la llamamos en casa, me ha flechado. He tomado informes de ella y de usted, y si ustedes son gustosos, me caso con ella. La duplico en edad; pero ¡qué importa!, así seré para ella marido y padre.»

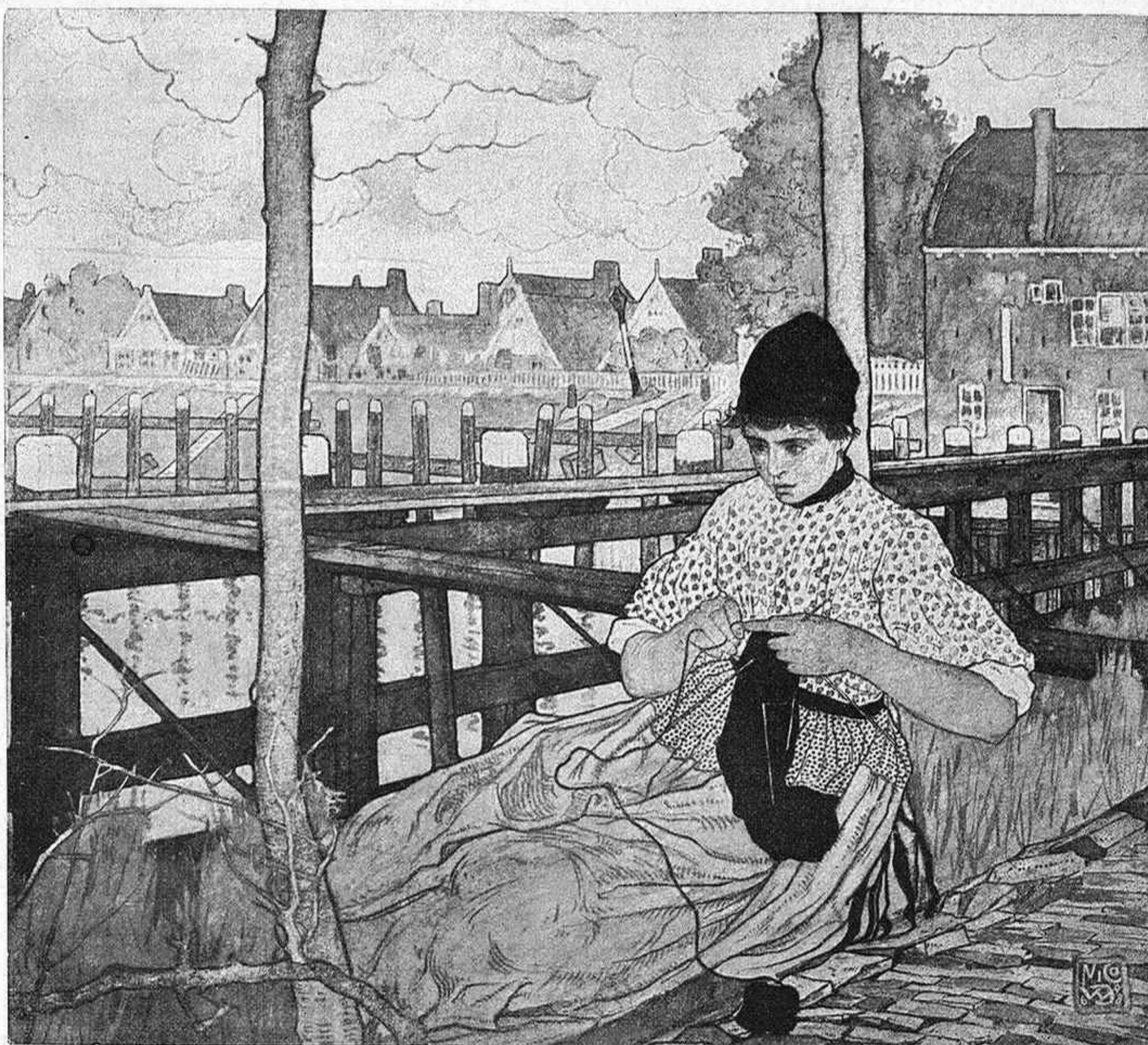


MIGNON, escultura de José Kopf

Esta proposición á quemarropa dejó estupefacto al pobre emigrado; pero no había medio de vacilar. Mr. Senardier tenía fama de honrado y de rico, y aque-

llo motivo fútil y baladí? Además, ¿por qué en todo esto presentís en el artista que ha colorado vagamente aquel cuadro al pintor de las filigranas sociales?

Ignoro el motivo de todas estas cosas. El retrato de María de los Angeles está hecho casi de memoria por Raimundo Madrazo, y digo que *está hecho* porque al pintarle éste no era un artista, sino un *medium* pictórico; no recordaba el modelo, pero el modelo debería surgir del pincel que era un manojo de recuerdos; el dibujo se confundía con la memoria; en el color se mezclaba el cielo plomizo de París y el cálido ambiente de la isla de León. Aquel cuadro, cuyo fondo se parece al interior de una cripta alumbrada por un crepúsculo y que representa una joven, está difuminado con la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse, y en él el trazo se marca indeciso porque los verdaderos artistas no tienen necesidad de concluir y sí sólo de indicar. Allí está María de los Angeles tal como yo la vi asomada á su ventana, con la frente surcada por una arruga interior, con los ojos soñadores, con el contorno de las mejillas que tienen la suave aspereza del fruto del granado. El parecido es admirable, pero se comprende; lo que no se adivina... Miráis el retrato de cerca y los ojos están tristes, pero Angeles lloran como yo los vi llorar desde lejos, en mi cuarto. ¿Cómo se hace esto? Yo tengo el verbo, esto es, la palabra; yo puedo decir: «María de los Angeles llora ó no llora;» pero ¿cómo el artista ha conseguido pintar dos ojos enjutos y llorosos á un mismo tiempo? Cuando se ven aquellas lágrimas que necesitan espacio para manifestarse, aun los que no han conocido á la joven andaluza sienten la fascinación del



LABORIOSIDAD, acuarela de Nico Jungmann (reproducción autorizada por los Sres. Dowdesweld y Dowdesweld, de Londres)

IV
Un día me encontré á Raimundo Madrazo en la plaza de la Opera, y entre otras cosas me dijo:
- ¿Sabe usted que he hecho el retrato de María de los Angeles?
- ¡Hombre, me gustaría verle!
- ¿Tiene usted que hacer?
- No.
- Pues vamos.
Me llevó á su estudio y me enseñó el retrato.
¡Cómo expresarme!

Aquel retrato es de un conjunto terminante. He dicho que María de los Angeles tenía la belleza de la expresión, no de la línea, y esto mismo resalta en la reproducción de su semblante. Este retrato completa á Madrazo ante la consideración de los que en sus obras creen encontrar falta de la poesía de la naturaleza. ¿Cómo se opera este prodigio cuando en el lienzo de la niña andaluza no hay más que el retrato? ¿Por qué detrás de esta imagen os figuráis el campo andaluz y la ondulación del mar? ¿Cómo adivináis un poema de muerte en el rostro de una niña melancólica, que puede muy bien estar entristecida por un

enjutos; os alejáis dos ó tres metros y los ojos de la imagen de María de los Angeles lloran como yo los vi llorar desde lejos, en mi cuarto. ¿Cómo se hace esto? Yo tengo el verbo, esto es, la palabra; yo puedo decir: «María de los Angeles llora ó no llora;» pero ¿cómo el artista ha conseguido pintar dos ojos enjutos y llorosos á un mismo tiempo? Cuando se ven aquellas lágrimas que necesitan espacio para manifestarse, aun los que no han conocido á la joven andaluza sienten la fascinación del



LA TERTULIA DEL PÁRROCO, cuadro de Andrés Solá (Salón Parés)

BIENIFICIO, LI
MAY
BIBLI



ALFONSO GARCIA LITERARIA
MADRID
BIBLIOTECA

LA PAZ EN EL JAPÓN. — AMATERASSU, LA DIOSA DEL SOL, CUADRO DE PABLO QUINSAC

dolor, calor de tempestad, mareo como el de una llama que oscila al apagarse, melancolía que serpea por las venas, que parece como que se desprende de aquella imagen.

V

La boda de María de los Angeles con Mr. Senardier tuvo gran resonancia en el barrio de Breda.

Una mañana, á las nueve, paráronse tres coches de alquiler, los coches



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. MADRID. 1899
AMAPOLA, cuadro de Pedro Sáenz

indispensables en toda boda parisiense, á la puerta de la casa en que habitaba Manuel Lozano, que fueron ocupados por los que formaban parte del cortejo nupcial. Yo fui uno de ellos en calidad de compatriota y vecino. María de los Angeles llevaba el traje de desposada, indispensable también hasta en las clases más humildes, y estaba muy linda, pero sumamente pálida. Mr. Senardier resplandecía y le reventaba la satisfacción por su franco y colorado rostro.

Púsose en marcha la comitiva, y como media hora después presentáronse en la portería de la casa dos extraños personajes. Uno de ellos era un gallardo mozo y vestía á la andaluza cerrada; esto es, sombrero calañés cónico, capa parda ribeteada de pana encarnada y botines de cuero. El otro, que al parecer servíale de intérprete, era un desarrapado pilluelo de fisonomía inteligente.

—¿En qué piso habita Mr. Losanó?, preguntó el pilluelo á la portera.
—Cuarto del centro, pero ahora no hay nadie; acaban de salir Mr. Losanó y la familia, porque hoy se casa su hija.
—¿Dónde se casa?
—En Nuestra Señora de Loreto.
—¿Llegaremos á tiempo?
—Creo que sí, porque primero van á casa de la madrina y á la alcaldía.

La portera estaba bien informada. En efecto, el séquito nupcial fuimos primero á casa de una hermana de Mr. Senardier, que tenía una pastelería en la calle de Lafayette y que en calidad de madrina debía entregar á la novia las ligas de boda.

Estas ligas juegan gran papel en toda boda del buen pueblo de París. Durante la comida nupcial, el padrino se mete furtivamente debajo de la mesa, quita por sorpresa á la novia una liga, la parte en pedazos y los reparte entre los convidados. Porque la liga de novia *porte bonheur*, lo que quiere decir que *tiene buena sombra*.

En honor de la verdad, María de los Angeles ignoraba esta costumbre. Después de tomar un *piscobabis* en la pastelería, fuimos á celebrar el registro civil y luego á la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Había bastante gente á la puerta del templo, atraída por la popularidad de Mr. Senardier y por lo que se decía referente á la juventud y belleza de la novia.

Los cónyuges bajaron del primer coche. María de los Angeles estaba distraída; pero súbito sus ojos se fijaron..., se fijaron en un sombrero calañés y una capa parda...

Dió algunos pasos y cayó desplomada al suelo.

Llevaronla á la sacristía de la iglesia, vino un médico, la reconoció: María de los Angeles estaba muerta de resultas de la rotura de un aneurisma.

Halláronla sobre el pecho una carta, que entre otras cosas decía:

«¡Angeles de mi vida, no puedo vivir sin ti. He vendido cuanto tenía, hasta el caballo, para ir á París y traerte conmigo...»

VI

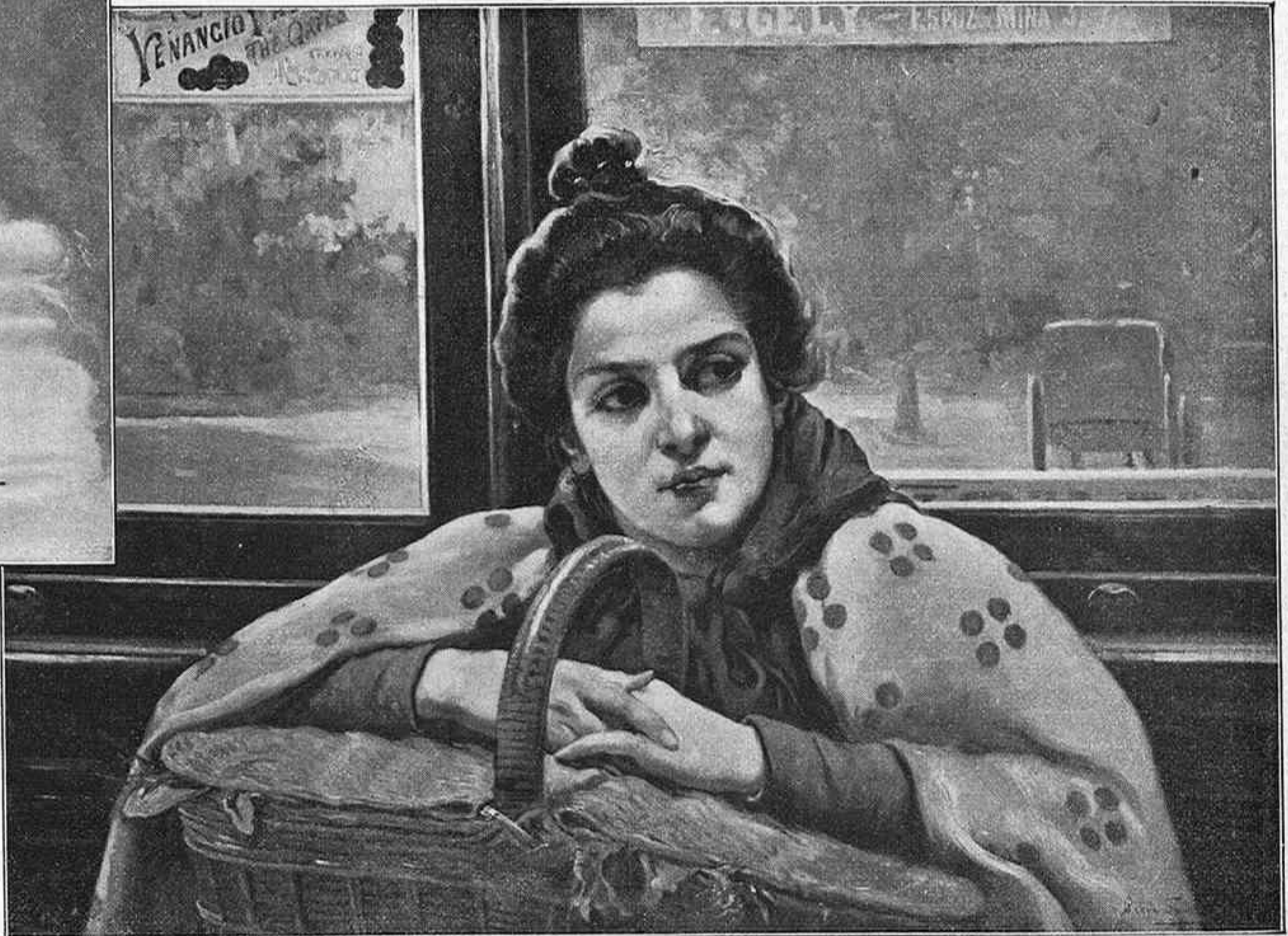
Es de suponer que Raimundo Madrazo, á quien no he visto hace años, conserve el retrato de María de los Angeles. La tumba de ésta se halla en París en el cementerio de Montmartre, en el ángulo de la izquierda. El túmulo parece un nido, y en él se lee el siguiente epitafio, cuya segunda frase es un poema:

MARÍA DE LOS ANGELES LOZANO
MURIÓ Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS DE EDAD
1868

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

Mignon, estatua en mármol de José Kopf.—La biografía del hoy célebre escultor alemán José Kopf empieza como la de tantos otros artistas que en los comienzos de su carrera han tenido que luchar con grandes dificultades, la primera de ellas con la resistencia de sus propias familias. En efecto, el padre de Kopf hizo cuanto pudo para matar las inclinaciones artísticas que éste mostrara desde su juventud; pero el destino, en cambio, complacióse en favorecerlas, puesto que la circunstancia de ser aquél propietario de una ladrillería permitió al hijo familiarizarse con el barro y le facilitó materia abundante para dedicarse, en sus ratos de ocio, á varios ensayos escultóricos. A pesar de esto y de los consejos del cura y del maestro del lugar, el testarudo viejo no quiso dar su brazo á torcer; pero el joven Kopf, no menos testarudo, abandonó la casa paterna y fuése á Ravensburg, en donde tomó el oficio de picapedrero, dedicándose luego á la escultura de lápidas sepulcrales. De allí pasó á Munich, á Wiesbaden, á Friburgo, á Baden y el día 4 de septiembre de 1852 emprendió á pie el viaje á Roma, llevando por todo capital 40 florines: el día 13 de octubre llegó á la ciudad eterna. Los primeros tiempos fueron difíciles; pero luego encontró buenos protectores y pudo consagrarse seriamente al arte de la escultura. Dos años después conseguía un triunfo con una



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. MADRID. 1899. —DE LA COMPRA, cuadro de Pedro Sáenz

hermosa estatua de Jesucristo, y su precioso relieve *Abraham repudiando á Agar* le colocó entre los grandes artistas. Pronto abandonó Kopf la escultura religiosa, dedicándose á la alegórica y de género y sobre todo al retrato, habiendo desfilado por su taller los más ilustres príncipes y los más eminentes diplomáticos, políticos, escritores y artistas. La característica de las obras de Kopf es el gusto, el elevado sentimiento de lo bello, con que reproduce los femeniles encantos y con que expresa la vida del alma. La estatua de *Mignon*, que reproducimos en la página 430, es la mejor demostración de lo que decimos.

José Kopf nació en Unlingen (Suabia) en 10 de marzo de 1827, y á pesar de sus setenta y dos años trabaja con la misma actividad y con el mismo éxito que le conquistaron en su juventud tan elevado puesto en el arte escultórico alemán.

Laboriosidad, acuarela de Nico Jungmann.—El pintor alemán Nico Jungmann ha hecho un estudio profundo de los tipos y costumbres de su patria, y al reproducirlos les da un carácter en cierto modo ornamental. Recientemente ha expuesto en Londres varios dibujos y acuarelas que han llamado la atención por su originalidad y por la elegancia de sus líneas y la suavidad de su colorido.

La tertulia del párroco, cuadro de Andrés Solá.—Por la fidelidad con que aparece reproducida la escena y por la sinceridad con que el autor ha sabido sentirla, merece la obra del Sr. Solá los más calurosos elogios. Nada hay en el lienzo que no lleve el sello de la más hermosa naturalidad, así en lo que se refiere al sentimiento como en lo que respecta á la forma: cada una de las figuras tiene verdadera vida y el conjunto de todas ellas constituye un grupo que denota la habilidad del compositor. Completa la impresión grata que el cuadro produce el paisaje, que tiene luz y ambiente y que está tratado con sobriedad y perfecto conocimiento de la técnica.

La paz en el Japón. Amaterassu, la diosa del Sol, cuadro de Pablo Quinsac.—Como inspirado en una leyenda japonesa, este cuadro del celebrado pintor francés Quinsac es un cuadro de fantasía, en el cual la imaginación del artista ha podido mostrarse en todo su esplendor. Por su composición magistralmente dispuesta, por su ejecución acabada y por su entonación luminosa y cálida, reflejo fiel de la naturaleza de los países orientales, bien puede colocarse esta obra entre las mejores que en su género ha producido el arte francés contemporáneo.

Viñetas grabadas por Bartolozzi.—Este célebre artista italiano nació en Florencia en 1725 y estuvo establecido alternativamente en Portugal y en Londres, en donde murió en 1819. Distinguióse como grabador al agua fuerte y al buril y como pintor de miniaturas y al pastel. Sus trabajos revelan su rica fantasía, su talento y sobre todo su buen gusto y llegaron á alcanzar en Inglaterra precios fabulosos. Actualmente se celebra en Roma una exposición de sus obras, organizada por el Gabinete Nacional de Estampas, y en ella figuran, entre otras, las preciosas viñetas que reproducimos en la página 440 y que representan escenas de *Macbeth* y de *Las alegres comadres de Windsor*.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

— Figúrense ustedes que hay allí un teatro en el que se pueden representar óperas enteras. Hace poco tiempo se puso en escena un baile en que la gran cantante hizo en mímica el principal papel...

— Para eso es excusado tener la más hermosa voz del mundo.

— No se puede imaginar el lujo de aquella casa. Los invitados tienen á su disposición caballos de montar y coches. Los que quieren pescar, tienen un río y un lago; los que prefieren la caza pueden cazar en los bosques ó en llanura... Aquello es verdaderamente regio.

— En nuestro siglo los artistas son los reyes del universo. A esos no se les destrona, ni se les arroja á tiros, ni se les insulta en los periódicos. En cambio no hay gracias que no se les prodigue, ni homenajes que no se les rinda, ni elogios que no se les tribute. Sus listas civiles no son discutidas. Cuando envejecen, se les honra y cuando mueren se les hacen funerales solemnes. ¿Y qué dan ellos en cambio de todo eso?

Una voz irónica respondió:

— ¡Casi nada: su genio!

Todas las miradas se dirigieron al que acababa de hablar. Era Pedro de Vezin, que entraba. El fiscal se aproximó sonriente á miss Maud y le besó la mano: saludó al gracioso grupo de mujeres, y apoyándose en la chimenea dijo:

— El cuadro que se acaba de trazar es halagüeño, pero tiene un reverso que es preciso mostrar. En la carrera artística, como en las demás, entra por mucho la suerte. Unos acaban en la opulencia y en la gloria y otros desaparecen oscuros y miserables como un astro que después de haber brillado largo tiempo se oscurece y se apaga. Vosotros habéis tenido un Garrick que dejó millones y está enterrado en Westminster. Nosotros tuvimos un Federico Lemaitre que murió lleno de deudas y que reposa bajo una humilde piedra pagada por sus últimos admiradores. No envidiéis la suerte de los artistas; sufren hasta en sus triunfos. El brillo de algunos está sobradamente compensado con las tristezas de otros muchos. En resumen, dan más de lo que reciben, y si ponéis en una balanza de equidad de una parte el talento del artista y de otra los bravos y el dinero de los espectadores, pesará más, ciertamente, el talento.

— Tiene usted mucha razón, dijo miss Harvey. En América desenganchan los caballos de Sarah Bernardt para tirar de su coche...

La conversación fué interrumpida por la entrada de los fumadores, que venían conducidos por el dueño de la casa. En la entrada del salón apareció un personaje que llevaba debajo del brazo unos cuaderños de música. Harvey se inclinó al oído de su hija:

— Es el pianista que acompaña á la cantante. Nuestra estrella no tardará en aparecer.

Miss Maud se aproximó al músico y le condujo al piano, que ocupaba todo un ángulo del salón. En estos momentos llegaron otros invitados y unas cincuenta personas se agruparon según sus simpatías. Estaba allí lo más florido de la colonia americana, y ciertamente, los millones de todos los que aquella noche se reunieron en casa de Julio Harvey hubieran bastado para pagar la deuda de un Estado europeo. Estaban allí los reyes de los ferrocarriles, los príncipes de las minas de plata y los altos señores de la cría del carnero, del caballo y del cerdo, sin contar los soberanos del petróleo y de la construcción de vagones. Todo un Gotha de la gran industria, del alto comercio y del agio en grande escala.

Marenval, Vezin y Tragomer se colocaron en un rincón, cerca del hueco de una ventana, entre la puerta y el piano, donde no podía escapárseles nada de lo que iba á pasar en el salón. Sorege estaba al lado de la bella duquesa de Blenheim y hablaba con imperturbable serenidad. En este momento se abrió una puerta, y un lacayo, dominando apenas el rumor de las conversaciones, pronunció estas tres palabras:

— Miss Jenny Hawkins.

En la puerta apareció la cantante, alta, esbelta, orgullosa, un poco pálida, pero con la sonrisa en los labios. Estaba vestida con un traje de damasco blanco adornado de encajes de oro. Un solo collar de perlas rodeaba su cuello y una peineta de brillantes chispeaba en su cabellera castaña. Con expresión im-

periosa y casi amenazadora paseó una mirada por el auditorio como si buscara á los que debían atacarla y al que había prometido defenderla, y sus ojos pasaron sin detenerse por Marenval, Tragomer y Vezin, para detenerse interrogadores en Sorege. Éste, siempre sonriendo, se levantó, atravesó el salón con admirable aplomo y fué á ofrecer el brazo á la cantante.

Los dos de pie, en medio de la concurrencia, parecían desafiar la suerte. La altiva frente de Jenny no se bajó y la cantante entró con paso firme en aquel salón, donde sabía que se iba á decidir su porvenir. Miss Maud y Harvey salieron á su encuentro y le dieron las gracias por su amabilidad en haberse prestado á complacerles. Y los tres franceses, desde el rincón en que estaban reunidos, no pudieron menos de admirar el valor, la sangre fría y el orgullo con que aquella mujer desempeñaba su papel. Apenas un movimiento un poco rápido del pecho y un ligero temblor de sus hermosos ojos indicaban la angustia que la torturaba. Estaba en apariencia tan tranquila como la más indiferente de las invitadas de Harvey.

Tragomer eligió aquel momento para levantarse y saludar á la cantante. Jenny le vió aproximarse y un escalofrío recorrió sus carnes satinadas, pero no volvió siquiera la cabeza. Solamente al oírle dirigirle la palabra en inglés, hizo un movimiento de sorpresa tan perfectamente ejecutado, que Cristián se quedó lleno de admiración.

— ¡Ah! ¿El Sr. de Tragomer, creo?, dijo.

Le ofreció la mano, que él estrechó, y con una soberbia tranquilidad y voz tranquila y pura prosiguió:

— Bien hemos viajado los dos desde la noche en que nos conocimos...

— Usted ha obtenido nuevos triunfos, dijo Tragomer.

— Y usted hecho nuevas exploraciones. ¿Ha sido usted dichoso en sus descubrimientos?

Aquella frase de doble sentido fué dicha con tan fina ironía, que Cristián tembló. ¿Qué garantías de seguridad tendría aquella mujer para burlarse así de él y en estas circunstancias? Pero pensó que acaso intentaba intimidarle, y respondió:

— Pienso hacer á usted juez de esos descubrimientos, si es que le interesan.

— ¡Ya lo creo que me interesan!

Hizo un saludo con la cabeza al joven, y se dirigió al piano, acompañada por miss Harvey. Sorege fué á sentarse al lado de la chimenea, y con los ojos cerrados pareció absorberse en una atención religiosa, pero no perdía de vista á la cantante. Se produjo un profundo silencio, el pianista preludeó, y Jenny Hawkins, como para acentuar el desafío lanzado á Tragomer, cantó el *Ave Maria* de Otello, que el joven había oído en San Francisco, en aquella velada memorable. La cantante detalló deliciosamente las angustias y las súplicas de Desdémona. Su pura y hermosa voz parecía haber ganado en flexibilidad y en extensión. Un murmullo de placer partió de la concurrencia y los invitados de Harvey, sin miedo de cometer una falta de distinción, aplaudieron con entusiasmo. Hasta los mismos *cow boys*, dominados por el encanto de la inspiración y estupefactos ante las sensaciones que experimentaban, desistieron de marcharse al salón de fumar, como habían proyectado.

El piano resonó de nuevo, y radiante con su traje blanco, de pie en medio del auditorio, al que dominaba por su belleza tanto como por su talento, Jenny Hawkins paseó una mirada de dominación por los concurrentes. Ahora cantaba las dolorosas quejas de la *Traviata*, cuando la pobre mujer siente que la muerte le roza con su ala. Los adioses á la vida, á la dicha y al amor se escapaban de sus labios en frases desgarradoras y melodiosas. De pronto y en el momento en que Jenny pronunciaba las últimas palabras y emitía con punzante sentimiento las notas de la cadencia final, sus ojos se quedaron fijos, su cara se cubrió de mortal palidez, su brazo se levantó y trazó en el vacío un ademán de terror, la voz expiró en sus labios, y apoyada en el piano para no caer, la cantante permaneció inmóvil, aterradora en su actitud de trágico espanto.

Un hombre acababa de aparecer entre las cortinas de seda del salón. Y triste, pálido, demacrado, espectro formidable y doloroso, la cantante reconoció

á Jacobo de Freneuse. Los concurrentes, penetrados por aquel espectáculo y por la actitud de la artista, que atribuían á la inspiración, cuando no era sino terror, estallaron en un transporte de admiración. Pero ya miss Harvey se había aproximado á Jenny Hawkins y cogiéndole la mano preguntaba:

— ¿Qué tiene usted, señora está usted enferma?

— ¡Nada!, balbuceó la cantante... ¡Nada!

Y con su mirada aterrada indicaba á la joven aquel personaje de pie, inmóvil y sombrío entre las cortinas de seda. El recién llegado sonreía ya, seguro de su poder, y no miraba á Jenny Hawkins. Sus ojos se habían fijado en otra cara cuyas deformaciones seguía con gozo cruel. Sorege, también de pie, se preguntaba si había perdido la razón ó si un milagro había hecho salir de la tumba al que él había metido en ella vivo. Él también había seguido la mirada de Jenny y visto al formidable visitante.

Se pasó una mano por la frente y dió un paso hacia atrás, como para huir, pero de repente vió á Tragomer y á Marenval que le observaban y tuvo la fuerza de pensar: «Me pierdo. Un poco de resolución y salgo de este mal paso. ¿Qué pueden ellos contra mí? Yo, en cambio, lo puedo todo contra él...» Al mismo tiempo el recién venido saludó con la cabeza á Tragomer, que salió á su encuentro, y los dos atravesaron el salón para dirigirse hacia el piano, donde estaban miss Maud y Jenny Hawkins. ¿Hacia cuál de las dos se encaminaban con paso tranquilo? ¿Hacia la dueña de la casa para saludarla, ó hacia la cantante para perderla?

Viendo aquellos dos hombres venir hacia ella, Jenny dejó escapar un sordo gemido. Le pareció que su corazón dejaba de latir y que sus pupilas iban á apagarse. No veía y sus oídos no percibían más que ruidos vagos... Confusamente oyó la voz de Tragomer que decía:

— Mis Maud, permítame usted que le presente á mi amigo sir Herbert Carlton...

Al oír estas palabras Jenny experimentó una sensación de alivio delicioso, y un rayo de esperanza devolvió la claridad á su cerebro. ¿No habría sido juguete de una ilusión? ¿Por qué aquel hombre, que se llamaba Herbert Carlton, había de ser Jacobo de Freneuse? ¿No podía existir una semejanza extraordinaria y terrible? No se atrevió, sin embargo, á mirar al recién llegado, al que adivinaba á dos pasos de ella, y dirigió los ojos hacia Sorege al que vió con terror tan alterado y tembloroso como ella.

En la angustia de su fisonomía vió que el desastre era inminente. ¿También él creía que su víctima había podido escaparse, á pesar de las precauciones tomadas y de las infamias cometidas? ¿No admitía que el Herbert Carlton pudiese ser otro que Jacobo? Ante aquella idea experimentaba tal sufrimiento por no saber á qué atenerse, que quiso, aun á riesgo de perderse, ver á aquel hombre, verle de frente, mirarle hasta el fondo del corazón para descubrir su pensamiento verdadero... Levantó los ojos y miró.

Al alcance de la mano, más pálido aún por aquellas emociones contenidas, y al lado de Tragomer grave y atento, reconoció á Jacobo. ¡Era él! Era aquella mirada, que conocía tan bien, aquel movimiento de los labios que tanto había amado, aquel perfume acostumbrado, que llegaba hasta ella. Se estremeció y, segura ya, esperó resignada su sentencia. No quiso ya resistir á la fatalidad. Una fuerza superior se imponía á ella, y después de tanto luchar, de tanto huir, de tanto temer, se replegó sobre sí misma y, pasiva, ofreció la garganta al cuchillo, como la fiera que se ve cogida sin remedio.

Jacobo habló y ya la duda fué imposible.

— Doy doblemente las gracias al señor de Tragomer, puesto que me ha hecho el honor de presentarme á usted, miss Harvey, y me ha procurado el placer de oír á la gran artista miss Hawkins.

— ¿Vive usted en Londres, sir Carlton?, preguntó Maud.

— Hace una semana. Soy un pobre provinciano y llevo de un país al que me habían llevado reveses de fortuna. Me encontraba solo, abandonado é infeliz, pero unos amigos se acordaron de mí y me han sacado de mi desierto. Juzgue usted, pues, de la alegría que experimento esta noche y de mi agradecimiento.

Su voz era tan triste, tan dulce, tan tierna, que Jenny se sintió transida de dolor. Pero su enternecimiento no pudo durar mucho tiempo. Sorege, con una audacia que no debía retroceder ante nada, iba á meterse en la pelea y tomaba la ofensiva.

— Ha cantado usted divinamente, miss Hawkins, dijo mirando á sus adversarios con altivez, y comprendiendo el placer de este caballero...

Y al decir esto parecía interrogar á su prometida y solicitar una presentación. Miss Maud accedió á su deseo.

— Sir Herbert Carlton, un amigo del señor de Tragomer.

— Lo suponía, dijo Sorege con una ironía soberbia. ¿Pero miss Hawkins no nos hará el obsequio de cantar la segunda estrófa de esa preciosa melodía?

— Yo se lo ruego á miss Hawkins, añadió Jacobo.

Temblosa ante aquella rápida sucesión de episodios, la cantante pasaba del temor á la esperanza y de ésta á la desesperación con una rapidez capaz de agotar todas las energías. Sin embargo, luchaba todavía, y rígida, con su traje blanco, ninguno de los que la miraban hubiera podido sospechar la espantosa tempestad que se desencadenaba en el corazón de aquella desgraciada.

Nuestros personajes formaban en medio del salón un grupo compuesto de tres hombres y dos mujeres que hablaban con una calma y una corrección perfectas. Y sin embargo, todos eran presa del terror ó de la cólera, sus corazones destilaban odio y sus bocas contenían difícilmente las provocaciones y los ultrajes.

— Voy á cantar, puesto que lo deseáis, dijo Jenny Hawkins.

— Colocarse, señores.

Miss Maud, cumpliendo la promesa hecha á Tragomer, cogió una silla y la llevó al lado del piano, á dos pasos de la cantante. Tragomer, Sorege y Jacobo, como si estuvieran de acuerdo, se dirigieron á la puerta de la estufa. Penetraron en ella, y Sorege, sin vacilación, con una osadía que asombró á sus interlocutores, dijo:

— ¿Pero qué significa esta comedia, Jacobo? ¿Cómo tú aquí, con un nombre falso y aparentando no conocerme? ¿Qué quiere decir esa desconfianza? ¿Dudabas del placer que tendría en verte? ¿Por qué te has confiado á Tragomer y no á mí desde tu llegada?

En una frase la situación se planteaba claramente y sin ambages. Sorege era audaz, pero Jacobo no podía ya ser engañado, pues le conocía. Por eso contestó tan rotundamente como había sido interpelado:

— Estoy aquí con nombre falso, Sorege, porque soy un desgraciado que no puede llevar el suyo verdadero. Desconfío de tí porque sospecho que contribuiste á perderme y que estás dispuesto á hacerme traición.

— ¡Yo!, exclamó Sorege. ¡Yo!, tú amigo de la infancia, que ha llorado tu desgracia como si fuera suya...

— Y que continúa no haciendo nada para repararla, interrumpió bruscamente Jacobo. ¿Desde cuándo sabes que Jenny Hawkins es la misma mujer que Lea Peralli?

Jacobo le miraba de frente, pero Sorege no pestañeó.

— ¿Estás loco? ¿Quién? ¿Esa americana? ¡Lea Peralli! Bien sabes que está muerta. Te engaña una semejanza que á mí también me sorprendió. ¡Oh, sí que existe un parecido increíble!...

Tragomer le interrumpió poniéndole la mano en el brazo, y le dijo con tristeza viéndole perdido:

— No mienta usted, Sorege. Bien sabe usted que me ha dicho que Jenny Hawkins era Juana Baud... No puede usted salir de este paso sino por la franqueza. Si ha cometido una falta, explíquela sin reticencias, pero no trate de negar, porque es inútil. Cada paso que dé ya en esa vía, le perderá más seguramente...

— ¡Me perderá!, interrumpió Sorege con violencia. ¡Pero qué extraño cambio de papeles! ¿Perderme yo, que no tengo nada de que arrepentirme?

— Mientras que yo, añadió Jacobo, riendo con amargura, he sido condenado como criminal, ¿verdad? Sí, Sorege, tienes razón. Si yo soy culpable, tú eres inocente.

— Pero, Jacobo, ¿es posible? ¡Sospechas de mí! ¡Me acusas! ¿De qué?

— Voy á decírtelo puesto que tienes la audacia de preguntármelo, puesto que no has desaparecido al verme para esquivar tus responsabilidades, puesto que, contra toda verosimilitud, luchas todavía. Te acuso de haber sabido desde el primer momento la existencia de Lea, cuando me juzgaban por haberla matado. Te acuso de haber ido á declarar bajo la fe

del juramento lo que sabías que era falso, acto que constituye un crimen para todo hombre honrado, pero que en tí, Sorege, mi amigo, mi hermano, como decías hace un momento, es la acción más baja y más cobarde que se puede cometer. Aquí tienes de lo que te acuso, puesto que deseabas saberlo.

Sorege soportó aquel terrible apóstrofe con absoluta firmeza. En realidad no le oía ni tenía necesidad de oírle. Sabía lo que le diría Jacobo, y sólo pensaba: «Jacobo sabe que Lea vive y que ha sustituido á Juana Baud. ¿Pero sabe que la muerta fué Juana? He aquí lo esencial. Si ese punto es todavía oscuro para él, nada hay perdido todavía. Lea está viva, pero el vivir no es un crimen. Yo puedo haber sabido su existencia hace poco tiempo. Éste es el plan.» Y con rapidez maravillosa pasó á ejecutarle.

— ¡Locura! ¡Locura! Estás engañado por falaces apariencias. Si no dije nada en el momento del proceso, es porque no sabía nada. Tú has reconocido á Lea en Jenny Hawkins; también Tragomer la reconoció; pero yo estuve engañado más tiempo que vosotros y solamente al fin de mi viaje, cuando Tragomer me encontró en San Francisco logré descubrir la identidad de la cantante. Pero he sido engañado como vosotros...

Mientras hablaba, Sorege seguía reflexionando y con la destreza de un hábil tejedor entrecruzaba los hilos de su intriga. «Es preciso, pensaba, que yo salga salvo de aquí y que hable con Lea antes que ellos. Si lo consigo, le haré comprender que debe marcharse. Si ella desaparece, estoy salvado.»

— ¡Tú!, repuso Jacobo. ¿Tú engañado? No, Sorege. Por una razón que ignoro, tenías interés en no decir nada. Porque no voy tan lejos como pudiera ir, ¿comprendes?, y no veo en tí todavía más que un amigo infiel que me ha abandonado en vez de defenderme. Pero si por tu desgracia hubieras sido cómplice...

La fisonomía de Jacobo tomó una expresión terrible; se levantó, y resuelto, amenazador, dominando con toda la altura de su cabeza á Sorege, encorvado y vacilante, continuó:

— Si has sido cómplice, será preciso que me pagues todas las torturas que he sufrido por tu causa, las oraciones de mi hermana desesperada, las lágrimas de mi madre, cuya vida has truncado...

La cara de Sorege se contrajo, una arruga de amargura apareció en sus labios, y con una rabia que ya no podía contener dijo:

— ¡Basta ya de amenazas! ¡Demasiada paciencia he tenido ya! Si tu madre y tu hermana han llorado, ha sido por tus locuras y nadie es responsable más que tú. Si has sufrido, es porque habías cometido faltas imperdonables. Cesa ya de eludir las responsabilidades. ¿Acaso el presidio ha convertido milagrosamente en un santo á un desgraciado perdido por los vicios? ¿Porque fuiste condenado has adquirido el derecho de acusar á los demás? No prescindamos por más tiempo del sentido común. Hay aquí un hombre honrado tratado indignamente, pero ese no eres tú. ¡Ya estoy cansado de soportar tus ultrajes! Créeme, sé prudente y no abuses de la suerte que has tenido al poder escaparte. El ruido no conviene á todo el mundo. Más te vale vivir pacíficamente bajo el nombre inglés de que te sirves, que llamar la atención de un modo peligroso. Me has rechazado, Jacobo, cuando estaba dispuesto á servirte. Estoy libre de todo deber respecto á ti. Adiós.

Dió tres pasos hacia el salón y ya tocaba con la mano á la puerta cuando ésta se abrió por sí sola y aparecieron Marenval y Vezín. Al mismo tiempo que ellos entró en la estufa un soplo de calor perfumado y un rumor de aplausos. Era que Jenny Hawkins acababa de cantar.

— Cierre usted la puerta Marenval, dijo fríamente Tragomer. El señor de Sorege querría despedirse de nosotros demasiado audazmente, pero nos cree más necios de lo que somos.

— ¿Pretenderéis obligarme?, exclamó Sorege.

— ¡Obligar á usted! ¡Qué violento término! No, queremos continuar la conversación con usted delante del Sr. de Vezín, fiscal de la Audiencia de París — ¡tranquílcese usted! — en vacaciones, y nuestro amigo Marenval, á quien usted conoce bien. Cuantos más testigos haya de lo que hemos dicho y de lo que vamos á decir, mejor. Al contrario de lo que usted decía antes, estamos decididos á hacer todo el ruido posible. Jacobo no se convertirá para siempre en Herbert Carlton á fin de imitar á Jenny Hawkins por medio de esta ingeniosa sustitución. No, Sorege; no caeremos más en sus artimañas. Está usted descubierto, y en cuanto Jacobo hable una hora con Lea Peralli, estará en situación de confundirle á usted y de rehabilitarse, puede usted estar seguro.

Sorege hizo un ademán tan amenazador, que Tra-

gomer se puso delante de Jacobo. Estaban cuatro alrededor de él y toda esperanza de escapar era ilusoria.

— ¡Miserables!, exclamó, abusáis de la fuerza y del número para secuestrarme...

— ¡Vamos, amigo!, dijo Marenval; usted se burla. Llama usted secuestro á estar en una estufa deliciosa con personas bien educadas... Además, si usted quiere, vamos á llamar á miss Maud Harvey y á rogarle que le guarde á su lado hasta que miss Hawkins salga de esta casa y Jacobo con ella. En cuanto los dos se hayan marchado, tendrá usted toda libertad para entrar en los salones y cenar con los invitados de su suegro. No ponga usted, pues, mala cara y todo se hará correctamente.

Sorege pensó: «Si puedo estar libre dentro de media hora, aún podrá acaso arreglarse todo.»

— No tengo nada que temer, dijo. Hagan ustedes lo que les plazca. No tenía intención de alejarme de aquí, pero me han insultado ustedes, me han violentado, y cuento con que me concederán una reparación si los que son honrados conservan un poco de valor...

Al hablar así miraba desdeñosamente á Freneuse y parecía provocar á Tragomer:

— ¡Cuidado, Sorege!, exclamó Jacobo. No seas muy exigente esta noche, porque acaso mañana te quede tan poco honor que sea hacerte una limosna el responder á tu provocación.

Freneuse cambió una mirada con su enemigo, saludó á Vezín y salió de la estufa. Jenny Hawkins, rodeada de admiradores y con la sonrisa en los labios estaba en medio del salón. Vió de lejos á Jacobo que venía hacia ella y se estremeció, pero no hizo movimiento alguno. Sus brazos cayeron á lo largo del cuerpo como muertos, y su abanico palpitó entre sus dedos como una mariposa herida, Jacobo se aproximaba con la mirada dura é imperiosa.

Atravesó los grupos, y aproximándose á ella logró aislarla entre mis Harvey y él. Empezó por pronunciar algunas frases corrientes de felicitación, y en seguida, seguro de que nadie le oía más que ella, dijo secamente:

— Vas á marcharte á tu casa y á esperarme. Dentro de media hora iré. Da orden de que me reciban.

Lea bajó la cabeza y respondió:

— Obedeceré.

— Está bien.

Retrocedió un poquito y dijo sonriendo á miss Harvey:

— Nos ha dado usted esta noche una fiesta deliciosa, y miss Hawkins ha cantado de un modo divino.

III

Jenny Hawkins acababa de entrar en su departamento de *Tavistock-Street*. En pie en medio del salón alumbrado por dos lámparas de encima de la chimenea, caído el abrigo hasta la cintura, despidió á la doncella diciendo que se desnudaría sola, y se puso á acechar en el silencio la llegada del temible visitante esperado.

Un ruido de ruedas en la calle solitaria á aquellas horas; un paso precipitado en la escalera y una mano impaciente que golpea la puerta. Lea atravesó el pasillo obscuro, y fué á abrir. A la tenue claridad que salía por la puerta entreabierta, reconoció á Jacobo á pesar de traer el sombrero echado sobre los ojos y el cuello del gabán levantado hasta la nariz.

Freneuse entró bruscamente, pasó por delante de ella, se detuvo en el salón alumbrado sin volverse siquiera para ver si ella le seguía, se quitó el sombrero y el gabán, y apoyándose en la chimenea, miró fijamente á la que poseía el secreto de que dependía su salvación. Lea, aterrada, pero más hermosa todavía por su mismo espanto, con su traje blanco, sus hombros espléndidos, esperaba con la cabeza baja que él empezase á hablar. Jacobo dijo con acento de terrible ironía:

— Los muertos pueden volver á la tierra, Lea, puesto que estás viva delante de mí que fuí condenado por matarte. Te creías desembarazada del infeliz Jacobo, ¿verdad? Y dormías tranquila creyéndome en una tumba más segura que la tuya. Yo también he salido, sin embargo, y vengo á pedirte cuenta de todo lo que he sufrido.

Lea movió la cabeza y dijo sordamente:

— ¿Has sido tú solo el que ha sufrido? La responsabilidad de lo ocurrido, ¿es de los demás ó de tí mismo? ¿Es posible que hayas olvidado lo que hiciste? Dos años son largos, cuando se sufre, y dan tiempo para reflexionar. ¿Has examinado tu conducta al mismo tiempo que juzgabas la de los demás?

— ¡Desgraciada! Me recuerdas las horas más tristes de mi existencia, aquellas en que, solo y aherrojado, me volvía loco buscando las causas de mi des-

dicha. ¿Cómo había de juzgar lo que no podía comprender? Lo ignoraba todo en mi suerte; mi infortunio era para mí un enigma indescifrable. Por muy grandes que hubiesen sido mis faltas no bastaban para justificar el exceso de mi miseria. ¡Establecer responsabilidades! ¿Cómo hacerlo en la obscuridad de mi espíritu? Lea Peralli muerta; ¿por qué? ¿Cómo y á manos de quién? Ni los jueces, ni los jurados, ni mi abogado mismo vieron lo que era imposible sospechar, aquel lazo infame en que era cogido un inocente. Y mientras yo me moría de dolor y de ignorancia, la pretendida víctima huía y se burlaba de la justicia y de la inocencia y se regocijaba con su cómplice por haber llegado á tan dichoso desenlace... Yo, con la cabeza llena de tinieblas, sometido á unos jueces que me tomaban por un malvado endurecido, á unos abogados que me encontraban estúpido porque callaba cuando era preciso defenderme, á unos guardianes que se mofaban de mí, á una prensa moralizadora que me arrastraba por el fango, á mi falta de conocimiento que hasta me incitaba á creer en un crimen, fuí á dar en Numea, entre bandidos y bajo un cielo de fuego. Y todo ¿por qué? Por haber tenido la desgracia de amar á una criatura feroz que jugaba con mis sufrimientos y se felicitaba por mi abyección.

Lea levantó los brazos y por primera vez miró á Jacobo con ojos aún turbados por el terror.

— ¡No! No por haber tenido la desgracia de amarla, replicó, sino por haber cometido la indignidad de hacerle traición...

A estas palabras, primer rayo de luz en la obscuridad que le envolvía hacía dos años, Jacobo se estremeció y toda su inteligencia se puso en tensión para penetrar el misterio.

— ¡Ah! Empezas al fin á confesar, infame... ¡Querías vengarte!

— Sí, contestó Lea con energía. Lo quise porque tú me obligaste. Y la mayor parte de lo ocurrido lo hizo la casualidad.

— ¡Al fin voy á saber!, exclamó Jacobo en una especie de delirio. ¡Te tengo aquí, maldita, y hablarás ¿entiendes?, aunque tuviera que arrancarte tu secreto del corazón con las uñas! ¡Oh! No tendré piedad, como tú no la tuviste. No cuentes con ninguna gracia. ¡Vas á decirlo todo, ó por mi honor, que te mato, y esta vez no resucitarás!..

Se irguió espantoso y su cara expresaba una implacable resolución. Pero Lea parecía más tranquila á medida que él se mostraba más exaltado. Se sentó lentamente en una silla, cerca de Jacobo, y dijo con dulzura:

— Es inútil que me amenaces; estoy resuelta á hablar. Si no te hubieras presentado á mí y yo hubiera sabido tu presencia en Londres, te hubiese ido á buscar. Hace mucho tiempo que este secreto pesa sobre mi conciencia y que el remordimiento me tortura... Hablas de lo que has sufrido... Vas á saber lo que he sufrido yo y después compararás. Acaso tu prisión no era más dura que mi libertad, porque tú tenías derecho de llorar, de maldecir, mientras que yo estaba obligada á brillar, á divertir á los demás, á encerrar mi dolor en mí misma. No he sido la única culpable, pero sí sola para sufrir la expiación.

— ¿Tenías cómplices?
— Uno solo.
— ¿Sorege?
— Sí.
— ¡El miserable! ¿Y por qué quiso perderme?
— Porque me amaba.

Jacobo se quedó inmóvil, silencioso, respirando apenas, tan oprimido estaba por la angustia de aquel momento solemne. Por fin preguntó:

— Pero tú, ¿por qué te prestaste á su infamia? ¿Por qué contribuiste á perderme?

Lea contestó en tono brusco y desesperado:

— ¡Porque te amaba!
— ¿Y por eso me condenaste á un suplicio peor que la muerte?... ¿Quién era, pues, la mujer asesina? ¿Qué te había hecho?

— Lo mismo que tú. Me hacía traición descaradamente; iba á marcharse contigo; me insultaba con su triunfo y se burlaba de mis celos...

Jacobo se estremeció. Acababa de comprender.

— ¡Era Juana Baud!
— Sí; era ella.
— ¿Y quién la mató?

Lea levantó orgullosamente la cabeza y respondió con acento terrible:

— ¡Yo!
— ¡Tú, desgraciada! ¿Y cómo fué?
— Vas á saberlo.

Se produjo el silencio solamente turbado por la respiración anhelosa de Lea. El rumor de la ciudad dormida se apagaba á lo lejos con el sordo rodar de los ya escasos coches. Jacobo se sentó sombrío y can-

sado en un sofá, y seguro ya de saber lo que con tanto ardor había deseado, se dispuso á escuchar sin prisa. Lea, inclinada hacia él, con la cara ensombrecida por una violenta emoción, los codos sobre las rodillas y balanceando el cuerpo por un movimiento inconsciente, habló con voz entrecortada:

— Bien sabes cuánto te he amado y con qué pasión tan exclusiva. Durante dos años fuiste toda mi vida. Mis costumbres, mis gustos, mis caprichos, todo lo subordiné á tu fantasía y jamás un rey fué más complacientemente adulado por una favorita que todo lo esperase de él, que tú lo fuiste por esta mujer que nada quería ni esperaba. Yo no era venal y nunca te pedí dinero. Vivía de tu vida, y si tú dilapidaste tu fortuna, me harás la justicia de confesar que nunca te incité á ello ni tuve nada que ver con tu ruina. Tú me revelaste el amor. Antes de conocerte, sólo había tratado indiferentes: mi marido y algunos botarates de mi país que ningún poder tenían sobre mis sentidos. Tú me volviste loca el primero y me adherí á ti con un ardor igual á la dicha que me dabas. Me traías á todos tus amigos, orgulloso de mi belleza y sin que jamás parecieras celoso. ¿Para qué, si sabías que no existía para mí más hombre que tú? Todos los compañeros de tu vida disipada me hicieron el amor, menos Tragomer, que desconfiaba de mí, y tú lo supiste de todos, excepto de uno á quien juzgué desde el primer día y que me daba miedo.

— ¿Sorege?, preguntó Jacobo.

— Sorege. Ese no era un vividor insignificante como los demás. Se imponía por la originalidad de su actitud y la ironía de su palabra. No podía pasar inadvertido, y cuando se le había conocido una vez, había que acordarse de él, aunque no fuera más que para odiarle. Solamente me inspiró temor. Se acercó á mí y con maneras cautelosas encontró medio de expresarme los sentimientos que le inspiraba, sin ninguna confesión que pudiera comprometerle. Sabía precaverse contra una revelación de mi parte, y si yo me hubiera visto obligada á repetir sus palabras, nada incorrecto se hubiera visto en ellas. Yo no me atrevía á bromear contigo sobre sus pretensiones como lo hacía sobre las de otros, y seguro de la impunidad, ya no se contuvo y me aseguró que por un medio ó por otro me obtendría. Le respondí de un modo que debió hacerle mucho daño, porque por primera vez le vi palidecer y descomponerse. Con espantosas amenazas me juró que aunque tuviera que causar tu pérdida, me libraría de ti, pues bien sabía que mi amor me impediría ceder de buen grado.

— ¡Cobarde!, exclamó Jacobo con la cara contraída por el furor. ¿Por qué no me dijiste nada?

— Porque empezabas á separarte de mí, lo sentía, y no quería perder una ocasión de probarlo por medio de sus revelaciones. Desempeñaba el papel de Yago con un arte feroz. Solamente que era á Desdémona á quien dedicaba sus envenenadas confianzas. Todo lo que tu ciega confianza le hacía saber de tus negocios ó de tus placeres, venía á repetírmelo. Yo quería alejarle, porque me torturaba, pero tenía sed de saber y me prestaba á sus delaciones creyendo aprovecharlas para conservarte. Nuestras conversaciones eran unas salvas de injurias. Yo le colmaba de maldiciones y él me insultaba groseramente con su seguridad de poseerme. Vino para nosotros la época de los apuros; las deudas crecían y los acreedores se volvían exigentes. Tú, más loco que nunca, pasabas las noches jugando en el círculo y los días en las carreras, y yo, abandonada por el hombre á quien amaba, vivía entregada sin defensa á las inspiraciones violentas de mi carácter. En aquellos momentos peligrosos para mí conocí á Juana Baud. Quería hacerse cantante y me rogó que la ayudase á rectificar su mala pronunciación italiana. Yo estaba sin ocupación y sumida en horrible fastidio, y acepté por distracción y porque aquella muchacha me agradaba. Tú la recuerdas, joven, alegre, risueña, viviendo en el mayor descuido y ávida solamente de placer, al que se entregaba con locura. Nunca había yo tenido por amigas sino mujeres honradas. La viveza de las efusiones de Juana me pareció singular; pero era tan tierna, tan encantadora, que atribuí á la amistad lo que debía explicarse por pasión. Tomé mucho cariño á aquella muchacha. Una noche al volver de la ópera acabábamos de cenar las dos y te estaba esperando, cuando llamaron á la puerta.

— Es Jacobo, exclamé, habrá olvidado su llave. Espera: voy á abrir.

Fuí al vestíbulo y pregunté á través de la puerta:
— ¿Eres tú, Jacobo?

Pero la voz de Sorege me respondió:

— No, soy yo. Necesito decir á usted una palabra. Me voy en seguida.

Tuve intenciones de despedirle, pero la presencia de Juana me tranquilizó. Abrí y Sorege entró en casa

sin sospechar que no estaba sola. Sin sentarse me dijo en seguida:

— ¿Espera usted á Jacobo? No vendrá.
— ¿Por qué?
— Porque está en otra parte.
— ¿En el círculo?
— No, acaba de salir de allí.

Se refa al hablar así, el monstruo, sabiendo todo el mal que me hacía. Palidecí y él me dijo:

— Mírese usted en el espejo, Lea, y vea su cara descompuesta. Ese Jacobo va á matar á usted si no toma el partido de dejarle. La engaña á usted lo bastante para que usted haga lo mismo con él.

— ¡Cállese usted, miserable! Bien sabe que si le engaño alguna vez, no será con usted.

— ¡A que sí! Y más pronto de lo que usted cree. ¡Es matemático! Usted será mía y Jacobo mismo habrá de procurarlo. Una mujer como usted no se resigna al abandono ni á que la engañen.

Le interrumpí furiosa:

— Aunque Jacobo fuera mil veces más infiel, no le engañaría con usted. Con otro, puede... ¡Sí! Si supiera que eso le hacía á usted sufrir, acaso..

Sorege hizo un movimiento de cólera, y cogiéndome bruscamente por el cuerpo, balbuceó:

— ¡Ahora mismo entonces! Ya la tengo...

Era forzudo, pero yo me defendía llenándole de injurias al luchar, cuando la cortina del comedor se levantó y apareció Juana diciendo tranquilamente:

— ¡Ande usted, Sr. de Sorege! No se moleste por mí. ¿Quiere usted que le ayude?

El efecto fué inmediato. Sorege se levantó exasperado por su fracaso y temblando por sus esfuerzos y salió sin decir palabra, pero echándonos una mirada mortal. Yo, con los nervios retorcidos y el corazón desgarrado prorrumpí en sollozos, y Juana, arrodillada á mi lado, se esforzó por consolarme. Sus besos enjugaban mis lágrimas y sus abrazos se estrechaban á medida que sus palabras se hacían más tiernas. Estaba en sus brazos sin saber lo que hacía y sin pensar en lo que me decía Juana, á la que escuchaba aturdida sin otra sensación que la del agrado que producen las muestras de cariño después de una agresión brutal... Así pasaron seis meses, los peores de mi vida. Te amaba cada vez con más pasión, y prefería la muerte al pensamiento de separarme de ti. Debes recordar el fin de aquel horrible período, durante el cual pasabas en el juego los días y las noches, poseído de un vértigo en el que debían zozobrar tu fortuna, tu honor y tu vida. Sorege, que había vuelto como si nada hubiera pasado, me tenía al corriente de todas las fases de la partida empeñada por ti. Se había vuelto risueño y ya no me hablaba de amor. Debí temerle todo, pero una especie de aturdimiento me dominaba y no estaba verdaderamente en posesión de mi razón. Vivía en una especie de desequilibrio moral y de tensión nerviosa que me tenían á merced de los impulsos de mi desesperación y de mi cólera. Te vi llegar loco de angustia, después de haber perdido cuanto tenías y debiendo pagar una suma en el círculo, so pena de ser expulsado, y te dí mis alhajas para empeñarlas, como te hubiera dado mi vida si me la hubieras pedido. Entonces, oye bien esto, entonces fué cuando se produjo aquel espantoso episodio que me hizo perder la razón y trajo todos los desastres.

Con la voz enronquecida por la emoción que le producían aquellos terribles recuerdos, Lea se calló un instante. Jacobo, impasible, no la interrumpía ya, poseído por el punzante interés del relato. Ni los sufrimientos inmerecidos de su antigua amada ni sus goces criminales le habían arrancado ni un suspiro. Había permanecido mudo ante las confesiones de celos y de traición. Él había expiado sus faltas y no tenía remordimientos. ¿Qué importaba lo que Lea decía de Sorege, de Juana, de ella y de él mismo? Lo que estaba ávido de saber era cómo le habían perdido y de qué modo podría rehabilitarse. Lea se pasó el pañuelo de encajes por la húmeda frente, y comprimiéndose el corazón, que latía con fuerza, continuó:

— Oye lo que sucedió, imprevisto y monstruoso. Al día siguiente de aquel en que te dí cuanto poseía, recibí la visita de Sorege. Se presentó frío, grave y como impresionado por un suceso de importancia. Se sentó y me miró en silencio con una expresión de piedad que nunca le había visto. Por fin habló, y desde las primeras palabras mi furor no reconoció límites. Venía á contarme que eras el amante de Juana, y que no teniendo esperanza de reponerte en París, habías resuelto partir con ella á Londres, donde ella acababa de firmar una contrata sin que yo lo supiera. Aunque acostumbrado á mis accesos de cólera, Sorege pareció alarmado y trató de calmarme con su pérfido aire de bondad.

(Continuará)

LAS ARENISCAS (GRES) MULLER

Y SU EMPLEO EN LA ORNAMENTACIÓN

Desde hace algunos años es cada vez mayor el número de esculturas ejecutadas en arenisca que se presentan en el Salón de París: al principio sólo se

horno, donde la arenisca es sometida á temperaturas verdaderamente volcánicas, la loza se deformaría hasta el punto de inutilizarse. A este privilegio, que asegura sus preciosas virtudes de solidez y coloración, debe la arenisca su superioridad desde el punto de vista artístico y utilitario.

El honor de haber demostrado en Francia, en estos

sólo que está, por decirlo así, cristalizada por el fuego y revestida de los tonos que los óxidos, mezclados con la pasta, le han dado bajo la acción de la llama.

Pero más importante que todo esto son las aplicaciones de la arenisca para la ornamentación de los edificios. Al principio, hubo de luchar Muller con las resistencias y vacilaciones de los arquitectos, pero en la actualidad cuéntanse por cientos los aficionados que en las habitaciones sustituyen, por ejemplo, las chimeneas de mármol, de aspecto frío y rígido y de dibujo uniforme, por las de arenisca, de forma pintoresca y de tonalidad armoniosa y apropiada al color de las paredes y de los muebles.

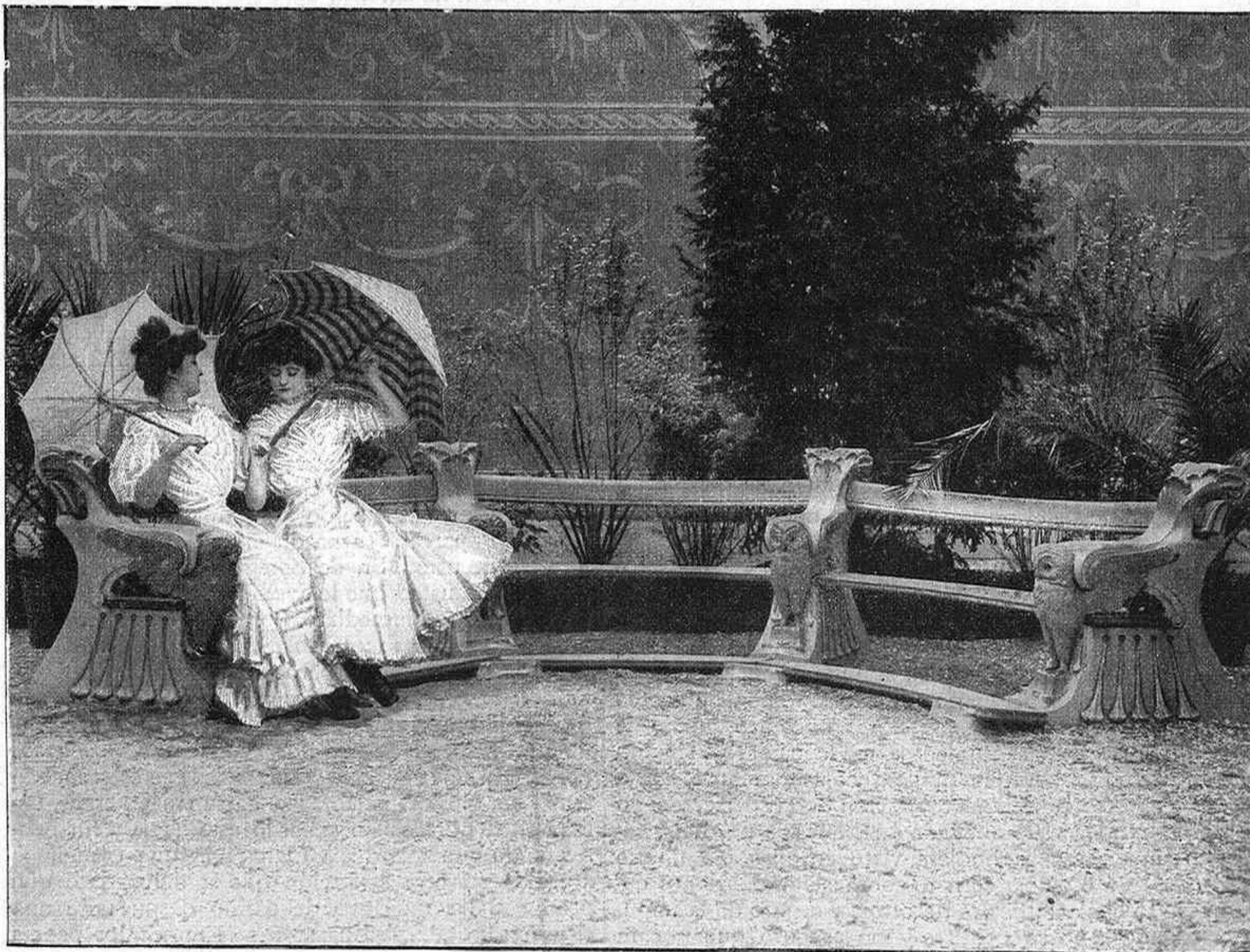
Tarea larga sería enumerar todas las demás aplicaciones de esta materia: expuestas ya las principales, nuestros lectores podrán comprender las que en gracia á la brevedad omitimos. Como muestras de lo que con arenisca se produce pueden verse los dos grabados de esta página.

La fábrica de Emilio Muller está situada en Ivry: sobre una superficie de más de 70.000 metros cuadrados álzanse multitud de edificios de todas formas, por los cuales pululan centenares de obreros y en los que reina prodigiosa actividad. En ella se fabrican por cantidades fabulosas todos los productos cerámicos conocidos: de allí salen por millones diariamente las tejas y los ladrillos; en sus almacenes amontónanse por millares todos los ornamentos arquitectónicos de barro cocido, loza y arenisca que se expiden á todas las partes del mundo.

Al frente del numerosísimo personal figuran ingenieros, químicos, dibujantes, escultores que son verdaderas eminencias, y dirigiéndolo todo M. Emilio Muller, propietario de tan grandioso establecimiento. Es este un hombre de unos cuarenta años que apenas representa treinta. Su padre, el creador de esa empresa colosal, el célebre profesor de la Escuela central, cuyos trabajos constituyen todavía autoridad, educó desde la niñez á su hijo en la ruda disciplina en que él vivió, y al morir, hace diez años, el joven Muller pudo sobrellevar, sin sentir desfallecimientos la ruda carga que aquél le dejara y continuar su obra. Pero dotado de un temperamento esencialmente artístico, habiendo aprendido dibujo con excelentes maestros y manejando hábilmente los palillos de escultor, sintióse impulsado á desarrollar en su fábrica al lado de la producción industrial un departamento exclusivamente consagrado al arte.

Entre las seis ó siete fábricas que constituyen el establecimiento de Ivry, y en los cuales se producen tejas y ladrillos, adornos de barro cocido y de loza, areniscas artísticas, tubos gigantes, objetos refractarios, algodón mineral, etc., llama especialmente la atención el edificio dedicado á la fabricación de la arenisca. Reina en él un orden admirable y cómodamente pueden en él seguirse las distintas operaciones que allí se verifican; vense en primer término los trituradores que reducen las tierras á polvo impalpable, luego los talleres del moldeado, del estampado, de las esculturas y de los esmaltes, y finalmente los laboratorios de los químicos, los secaderos y el depósito de moldes.

En todas partes reinan la vida y el movimiento; por todas partes se ven varios frisos terminados ó en curso de ejecución, entrepaños decorativos, fuentes, columnas, estatuas, jarrones, bancos rústicos de todas formas y de los más variados y suaves colores.



BANCO DE JARDÍN CONSTRUÍDO CON ARENISCA (GRES) MULLER

modelaban en esta materia jarros, bustos y algunas estatuas, grandes y pequeñas; pero recientemente se han podido ver expuestos vastos tableros, frisos, ornamentos arquitectónicos esculpidos por los mejores artistas franceses. El favor creciente de que goza la arenisca ha hecho que se la adoptase con preferencia á todas las demás materias cerámicas, y le asegura en lo porvenir un importante papel decorativo, lo propio en el interior de las habitaciones que en el exterior de los edificios modernos.

Este favor, plenamente justificado, débelo la arenisca á sus cualidades especiales, que explican por qué ha destrozado tan pronto á las materias similares hasta hace poco tan en boga. En primer lugar, es plástica, puesto que es una tierra tan fácilmente maleable como

últimos años, las más extraordinarias aplicaciones de la arenisca á la ornamentación monumental y de haber indicado los servicios de toda clase que esta materia está llamada á prestar á los artistas, corresponde á un eminente ceramista francés, M. Emilio Muller, quien ha sido el primero en ejecutar en su fábrica de Ivry obras de arenisca de un tamaño antes desconocido y de una infinita variedad. Al mismo tiempo que el célebre escultor Juan Carriés excitaba en el Salón del Campo de Marte la admiración pública con sus delicados bustos y jarrones de arenisca, Muller llevaba á cabo la reproducción de los famosos frisos de los leones y de los arqueros traídos de Susa por M. y Mme. Dieulafoy, y desde entonces no ha cesado de producir obras que son verdaderos *tours de force* desde el punto de vista técnico.

El eminente escultor Falguiere, puesto delante de un precioso grupo suyo, *La salida de la escuela*, cocido en una sola pieza de más de dos metros de alto, exclamaba hace algunos años:

— ¡Es prodigioso! ¡Ni una raja, ni la más pequeña deformación! ¡Es mi misma obra, como si saliese de mis manos, con las huellas de mis dedos, con los más pequeños golpes de mi desbastador! Además, es mucho más hermoso esto que el bronce, más sincero, menos triste y mucho más dulce.

En efecto, una de las ventajas de la arenisca para las obras de la estatuaría, es que traduce literalmente el modelo, no siendo en él de temer, como sucede



Fragmento de uno de los sillones esculpidos en madera del coro de Cockayne Hatley (Befordshire, Inglaterra).



Fuelle esculpido en madera



Escultura en madera de estilo japonés



Columna de arenisca (gres) Muller esmaltada.

la arcilla; en segundo, y esta constituye su ventaja especial, compónese como la porcelana de varios elementos que resisten las cochuras más elevadas. En el

con el bronce, los retoques que á veces desnaturalizan el pensamiento del autor. La obra resulta tal como ha salido de las manos del que la ha creado,

de ejecución, entrepaños decorativos, fuentes, columnas, estatuas, jarrones, bancos rústicos de todas formas y de los más variados y suaves colores.

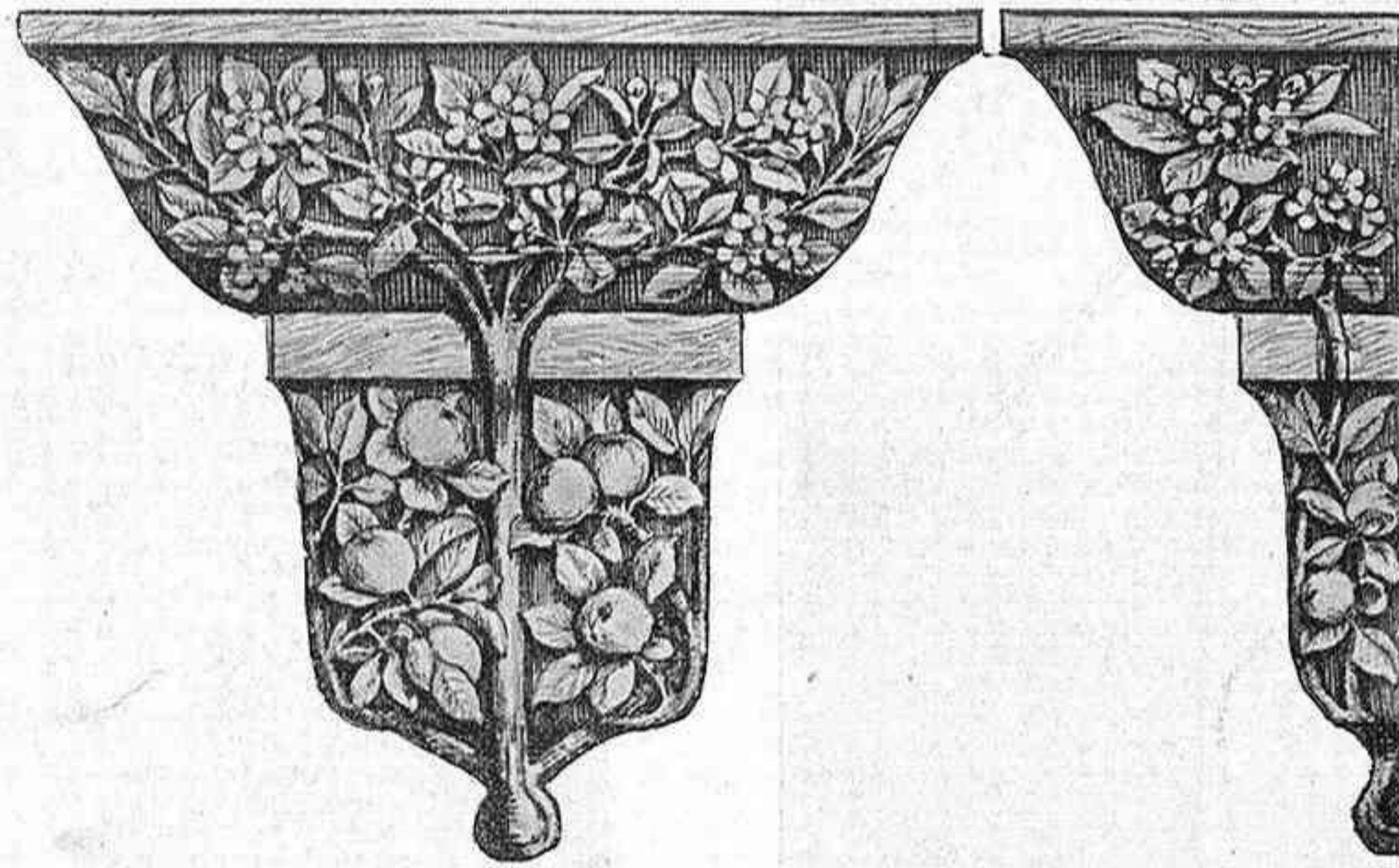
Es un hecho realmente notable el de que los mejores artistas, los más ilustres escultores franceses, ejecutan para la fábrica de M. Muller esas obras decorativas de todas clases que reproducidas en arenisca han de servir de deleite á nuestros ojos, y permiten que el público pueda procurarse, para el embellecimiento del hogar y á precios económicos, en vez de los vulgares productos industriales, verdaderas obras de arte firmadas por maestros.

JOSÉ BALMONT

**

ESCUPTURAS ORNAMENTALES
EN MADERA

La madera es una de las materias que mejor se prestan á la escultura, no siendo por consiguiente de extrañar que desde los más remotos tiempos se utilizara para este objeto. En el antiguo Egipto son muchas las obras escultóricas que en madera se ejecutaron y también en la Grecia de la época clásica algunos artistas se dedicaron á labrarla; pero en el arte cristiano es en donde encontramos sus más numerosas y bellas aplicaciones. El ilustre crítico Sr. Blanc ha dicho: «En Flandes, en Alemania, en Italia, en España sobre todo, el talento de tallar la madera fué llevado al



Peana para reloj, vista de frente y de perfil

último grado de la gallardía y de la expresión, particularmente en la decoración de las iglesias. Aquí los baldaquines de los altares están sostenidos por ángeles de flotantes vestimentas; allí figuras que avanzan en falso para sostener el antepecho de un púlpito ó el dosel de un trono episcopal. El aspecto austero de la madera, tal como lo modifica el tono pardo, casi dorado y profundo de la encáustica de que se

halla cubierto y abrigado, alejando toda semejanza con el color natural del desnudo, parece convenir al espíritu de una religión enemiga de la carne. Así sólo por haber escogido una materia desprovista de seducción, los países católicos han llegado á eliminar lo que había de pagano en el ánimo del escultor.»

Pero no sólo se emplea la madera para lo que podríamos llamar gran arte; más frecuente es su uso en la escultura ornamental: más fácil de labrar que la piedra y más sólida que el barro, es indudablemente la materia más á propósito para las labores delicadas.

Como muestras de esculturas ornamentales en madera publicamos algunas en la página anterior y en la presente que, como verán nuestros lectores, reúnen todas las condiciones que hacen de los objetos reproducidos verdaderas obras artísticas.

Una de ellas es un fragmento de uno de los sillones de coro de la iglesia de Cockayne Hatley (Inglaterra): esta escultura, como el resto de la sillería, fué llevada allí de Italia á principios de este siglo y data probablemente del siglo XVI. Las demás son un fuelle delicadamente esculpido, una escultura japonesa tan elegante como todo lo que produce el arte en el imperio del sol naciente y una peana para reloj de bellísimas líneas. — X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRIDUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Gragoas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Gragoas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Gragoas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ra} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 89, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAEQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{OR} CORVISART, EN 1858
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
 VINO • de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FA^{brica} BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. PERRE y C^{ia}, Fco, 102, R. Richelieu, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

ESTUDIO DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL ESPIRITUALISTA, por Benito Mariano Andrade. — La casi totalidad de obras que de antropología criminal hasta ahora han tratado estaban inspiradas en un sentido positivista-materialista que parecía ser carácter exclusivo del método experimental. El Sr. Andrade, ventajosamente conocido por sus importantes obras de derecho penal, protesta con razón contra tal exclusivismo, y al escribir el libro que nos ocupa demuestra la posibilidad de estudiar al criminal en su manera de ser, en su naturaleza, costumbres, hábitos, instintos y pasiones, sin incurrir en materialismo y por ende en fatalismo, como la escuela positiva, presentando para ello una exposición y comentario de los principales fundamentos de ésta, para hacer de ellos algo así como una selección espiritualista. Sentado este principio, bastará decir, para comprender la importancia del libro, que en sus diversos capítulos estudia su autor el derecho penal y la antropología penal, el delito, los factores del delito, el delincuente y sus clases, el atavismo, la herencia y la degeneración, la locura y los anarquistas. *Estudio de Antropología criminal espiritualista* ha sido impreso en Madrid y se vende en la librería de Antonio Suárez á cuatro pesetas.



VIÑETAS QUE REPRESENTAN UNA ESCENA DE «MACBETH» Y OTRA DE «LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR,» dibujadas por Loutherboung, grabadas por Bartolozzi en 1784 y presentadas en la Exposición de grabados que se celebra en Roma.

OBRA LITERARIA, de Enrique Redel. — Sobradamente conocido en el mundo de las letras es el escritor cordobés D. Enrique Redel para que no sea necesario anunciar la aparición de un libro suyo acompañando el anuncio con exageradas alabanzas, ya que en su nombre reputado está el mejor elogio de sus obras. Hace algún tiempo nos ocupamos del primer tomo de sus producciones literarias: recientemente se ha publicado el segundo, que contiene varias poesías inspiradas, algunos artículos de costumbres en los que campean un gran espíritu de observación y un estilo elegante, y otros de crítica en los que se admira un juicio claro é imparcial en la apreciación de las distintas materias literarias y artísticas de que el autor se ocupa. Este tomo, del cual se ha hecho una tirada muy reducida, ha sido impreso en Córdoba, en la imprenta y librería del «Diario» y se vende á tres pesetas.

EL CANAL DE PANAMÁ, vals por R. Arosemena. — Vals para piano, de factura elegante y ejecución sencilla: ha sido editado en Nueva York por la casa T. B. Harms et Co.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, publicación quincenal madrileña; *Boletín bibliográfico español*, publicado en Madrid mensualmente con autorización oficial del ministerio de Fomento.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Galenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

de los **EL APIOL DRES JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA
 Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria